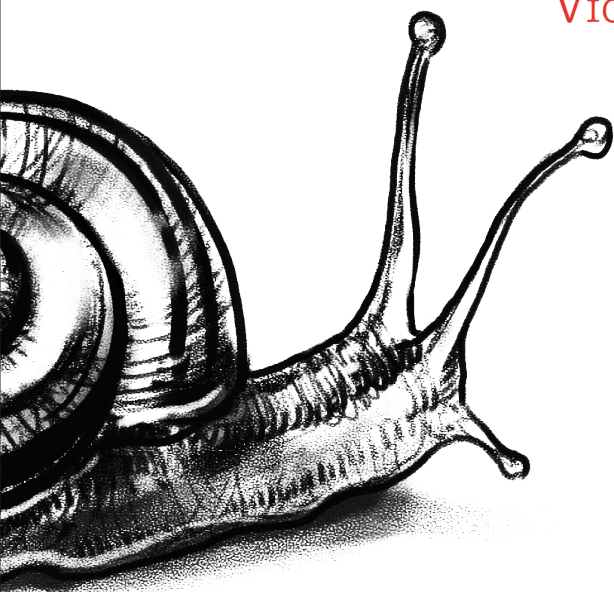




con mi caracol y mi revólver

MUESTRA DE POESÍA CHILENA RECIENTE
SELECCIÓN DE DIEGO ALFARO PALMA



GLADYS GONZÁLEZ
VÍCTOR LÓPEZ ZUMELZU
RAÚL HERNÁNDEZ
JULIETA MARCHANT
JUAN SANTANDER
ENRIQUE WINTER
YENY DÍAZ WENTÉN
NATALIA FIGUEROA
RODRIGO ARROYO
ANTONIO RIOSECO
CATALINA ESPINOZA
IVONNE COÑUECAR

Diego Alfaro Palma (Limache-Chile, 1984). Poeta, editor, ensayista y traductor. Actualmente reside en Buenos Aires. Ha recibido una mención en el Premio Nacional Eduardo Anguita (2013) y el Premio Municipal de Santiago (2015). Dirige el blog www.diego-personae.wordpress.com

Ha publicado en poesía *Tordo* (2014; 2016), *Paseantes* (2009), la antología *Poesía reunida de Cecilia Casanova* (2014), *Litoral Central* (2017), el libro objeto *Bolsas* (2017), la plaquette *Los sueños de los sueños de Kurosawa* (2017) y reeditó la *Antología de Ezra Pound en Chile* (2011).

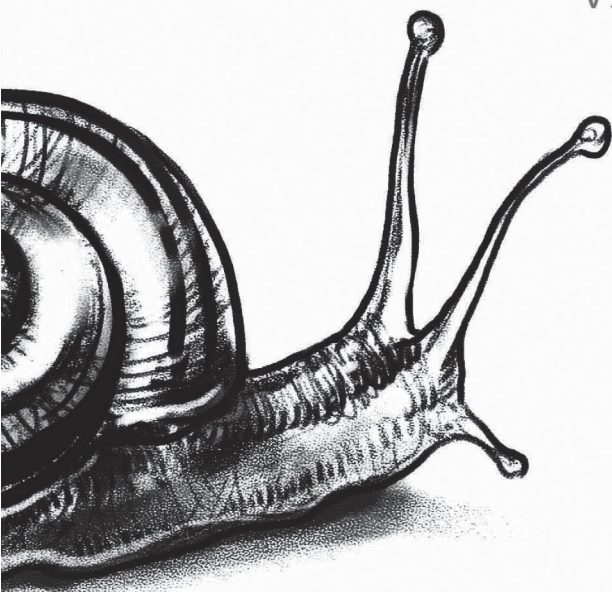
A la par desarrolla una labor como traductor, publicando *El pensamiento zorro*, prosa de Ted Hughes (2013) y ensayista al publicar *El horroroso Chile. Ensayos sobre las tensiones políticas en la obra de Enrique Lihn* (2014) y diversos escritos en revistas como *Alba*.

**CON MI CARACOL Y MI REVÓLVER.
MUESTRA DE POESÍA CHILENA RECIENTE**



con mi caracol y mi revólver

MUESTRA DE POESÍA CHILENA RECIENTE
SELECCIÓN DE DIEGO ALFARO PALMA



GLADYS GONZÁLEZ
VÍCTOR LÓPEZ ZUMELZU
RAÚL HERNÁNDEZ
JULIETA MARCHANT
JUAN SANTANDER
ENRIQUE WINTER
YENY DÍAZ WENTÉN
NATALIA FIGUEROA
RODRIGO ARROYO
ANTONIO RIOSECO
CATALINA ESPINOZA
IVONNE COÑUECAR



CON MI CARACOL Y MI REVÓLVER. MUESTRA DE POESÍA CHILENA RECIENTE

Primera edición: enero 2018

© Vallejo & Co., 2018

Email: vallejoandcompany@gmail.com

© Diego Alfaro Palma, 2018

Email: diego.personae@gmail.com

© Gladys González • Víctor López Zumelzu • Raúl Hernández

Julieta Marchant • Juan Santander • Enrique Winter

Yeny Díaz Wentén • Natalia Figueroa • Rodrigo Arroyo

Antonio Rioseco • Catalina Espinoza • Ivonne Coñuecar

Edición:

Mario Pera

Selección y notas:

Diego Alfaro Palma

Diseño de portada

y diagramación de interiores:

Mario Pera

Publicación digital. Queda autorizada la reproducción de esta publicación, en todo y en parte, previa solicitud de autorización por escrito del editor.

Una estrella solitaria. Breve nota del editor

Sin duda, Chile cuenta con una de las tradiciones líricas más sólidas en lengua hispana. Ello se corrobora si pensamos, en el famoso poema épico "La Araucana", que se condice, en tiempos modernos con el hecho que aquel país cuente con estupendos poetas. Basta mencionar a dos premios Nobel en Literatura, los poetas Gabriela Mistral y Pablo Neruda. A estos dos grandes, se suman otros autores no menos célebres y con una obra, en opinión de no pocos, quizás aún más destacable como la de Vicente Huidobro y Pablo de Rokha para establecer la renovación de la poesía en el país del sur por medio del Vanguardismo, recordando que uno de los pioneros de la ruptura fue Pedro Prado, así como la obra de un poeta fundamental, Rosamel del Valle.

Junto a estos no podemos dejar de mencionar el aporte de los poetas Omar Cáceres y Eduardo Anguita, cofundadores de la revista *Vital/Omblico* que sopló un nuevo aire en la lírica chilena. O el aporte de poetas como María Elvira Piwonka, Chela Reyes, Stella Corvalán o Mila Oyarzún, cercanas a la llamada Generación del 38.

Otra contribución trascendental fue la fundación del grupo La Mandrágora, a fines de 1938, con el que los

denominados surrealistas chilenos, ingresaron con fuerza en el panorama literario, no ajeno a las disputas. De esta misma época resalta la poesía de otro grande, Gonzalo Rojas, y toda la potencia creativa de su poesía. Siendo que bajo una luz distinta empezó a brillar la antipoesía del no menos conocido Nicanor Parra, vinculado a las transformaciones propuestas por la poesía en lengua inglesa a través de los poetas T. S. Eliot, Ezra Pound y, más tarde, por los Beatniks estadounidenses.

Años después vendrían propuestas poéticas cargadas de originalidad y búsqueda interior, como las de Enrique Lihn, Jorge Teillier, Pedro Lastra, Cecilia Casanova o Juan Luis Martínez, varias de las cuales estuvieron marcadas por el Golpe Militar de 1973 y la dictadura de Augusto Pinochet. Estos sucesos se reflejaron de distintos modos en los varios senderos por los que discurría la obra de cada poeta; no obstante, dicho periodo inefable tuvo evidente significación en la poesía de Óscar Hahn, Floridor Pérez, Cecilia Vicuña, Raúl Zurita, Omar Lara, Sergio Badilla, Juan Cameron, etc. circunstancias que siguieron merodeando en distintas intensidades en la producción poética chilena de la década de 1980, en las voces de Carmen Berenguer, Soledad Fariña, Elvira Hernández o Diego Maquieira, entre muchos más.

A lo largo de algo más de cien años, mucha agua ha corrido bajo el puente de la lírica chilena. No obstante, las últimas generaciones de poetas de dicho país han sabido conjugar la riqueza de su herencia poética con sus búsquedas artísticas personales, no pocas veces bastante vanguardistas y alejadas de los modelos poéticos tradicionales para sumergirse en los claroscuros territorios de la experimentación y que, ahora, podemos observar que

nos brindan más que promesas, interesantes resultados. La exploración en pro de la originalidad en la voz poética propia y la articulación de las diferentes vías de expresión artística con la poesía es, en mi opinión, la lucha en la que, hoy por hoy, bregan los y las poetas del país de la estrella solitaria.

Cuando pensé en la posibilidad de realizar esta muestra, la elección de la persona adecuada para realizarla era más que capital. Elejí solicitarle el encargo a un poeta chileno joven, afincado hace algunos años fuera de su país natal, lo que pienso le permite una necesaria distancia para sopesar la obra de los poetas que se propone en esta muestra. Ello a la par del gran conocimiento que el mismo tiene de la poesía de su tierra. El encargo recayó en las manos del poeta, traductor, editor y ensayista Diego Alfaro Palma, a quien agradezco a nombre de *Vallejo & Co.* por aceptar el ejecutar una tarea que deja constancia plena de su vocación por la permanente lectura y relectura crítica tanto de la poesía chilena, algunos dirían ahora canónica, como de aquello que producen y publican las voces más jóvenes.

Diego Alfaro ha logrado brindarnos en *Con mi caracol y mi revólver. Muestra de poesía chilena reciente*, un paneo general de una parte importante de la poesía chilena más joven aunque, por supuesto, sabemos que hay otros rumbos líricos aquí no exhibidos e igual de válidos. Alfaro nos propone la lectura de doce poetas (con el criterio habitual de selección¹) puesta la barrera arbitraria

¹ El orden de presentación de los poetas es el establecido por el seleccionador de la muestra. La misma contiene, además, una foto personal y una biodata proporcionadas, para esta edición, por cada uno de los autores.

en los 35 años cumplidos a la fecha de solicitar el material para la misma. Están representados poetas nacidos en la década de los 80, así como se ha elegido a poetas procedentes de diferentes regiones del país lo que enriquece, en mi opinión, la muestra. No obstante, debo recalcar que la misma sólo resulta ser una fracción en el vasto panorama de jóvenes escritores chilenos que vienen publicando. Por tal, nuestra intención no es restrictiva ni menos aún canonizadora, sino dirigida a difundir parte de lo que se viene publicando en poesía.

Debo agradecer, a su vez, a quienes han posibilitado la materialización de esta muestra. A los doce poetas por su confianza, generosidad y apoyo al darnos sus textos. Así como mi total agradecimiento al poeta Diego Alfaro Palma por llevar a cabo esta ardua tarea de búsqueda y lectura de los autores y de solicitud de su trabajo, lo que ha significado un trabajo constante para él en pro de la promoción de la lectura y escritura de la poesía en su país; así como debo extenderle mi agradecimiento a la poeta Elvira Hernández por su esclarecedora lectura que abre esta muestra.

Para finalizar, renovar el agradecimiento de *Vallejo & Co.* a los lectores, a quienes siempre dirigimos nuestra labor de difusión de la poesía y de las artes en general. Quedan todos invitados a dejarse llevar por los ríos profusos de la poesía chilena.

Mario Pera

Última selección

Mucho es lo que se puede decir de estos poetas chilenos seleccionados y del tiempo en que ellos han vivido y escrito; aun cuando se los pudiera considerar todavía jóvenes van ya por tierra derecha. En parte, su antologador, Diego Alfaro Palma se ha encargado de bosquejar la trayectoria en los apartados que construye con momentos cotidianos del vínculo que él establece con los libros de estos autores, sus rasgos biográficos y, con seguridad, con ellos mismos. Lo importante, sin embargo, es que los lectores podrán encontrarse sin mayores mediaciones con los poemas para su paladeo y juicio. En lo que agregaré a lo ya dicho por él, creo que son palabras que no les corresponde una anteposición al prólogo, sino más bien una posposición.

Es éste un grupo de poetas —más bien agrupado en el libro— que nació entre los años 80 y 90 del siglo recién pasado, algunos en la provincia y otros en la capital sin que significara una mayor diferencia al respecto; el modelo urbano se había venido apoderando sin oposiciones de la cultura local y rural. El tiempo común parece ser el fin de la dictadura militar, caída del Muro de Berlín, inicio de la posdictadura y apertura de las compuertas económicas y culturales del neoliberalismo.

Son poetas que transitan por las ruinas de lo que las versiones oficiales llaman la modernización de Chile y que no fue tal, salvo el mecanizar al país insertándolo en la corriente de las nuevas tecnologías. Un momento nebuloso para el proyecto de recuperar la democracia.

Se puede decir que avanzamos en todo, en la medida de lo posible. Aquello significó que la dictadura todavía tenía mayor fuerza que la voluntad política democratizadora y con el tiempo quedó muy claro que esa medida era mínima y en algunos estratos de la sociedad, nula. Y en estos últimos años fue visible además que la mano del dictador seguía siendo muy larga y rapaz. No obstante, la apertura neoliberal dio la impresión de ir alumbrando zonas extensas azotadas por el <apagón cultural>, algo difícil de hacer con luces de Navidad. Las políticas culturales no se dirigieron a fomentar la reconstrucción de los espacios participativos, de deliberación y críticos, ni a establecer condiciones necesarias para el surgimiento de las artes, la ciencia y la literatura; las políticas culturales se dirigieron hacia los objetos, hacia aquello que en su materialidad mercantil podía exhibirse y consumirse; su objetivo fue fortalecer la industria cultural —entre ellas la del libro— no como consecuencia de un proceso de potenciamiento en todas nuestras relaciones sociales y culturales que habría sido deseable, sino en forma primaria y directa, vendible y exitosa, cuya producción en ascenso se rastrearía y mediría por estadísticas. Muchos de estos poetas han recorrido la aridez de estas oportunidades; han tenido que hacerse editores pero no para entrar en el negocio sino para fijarse en esos escritos que exigen y merecen ser leídos como aconsejaba Agamben. Configuraron entonces su escena literaria, poética y, ese mismo fenómeno fue contribuyente de la

matriz que encauzó la poesía para que surgiera articulada en vista a un libro y a su publicación.

Es cierto que cuando ellos escriben, están vivos Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, es decir están vigentes, siguen teniendo gran fuerza poética pero lo que dicen cubre a penas un segmento de la realidad cien veces fragmentada. Además, la propia experiencia poética ha renacido varias veces desde las cenizas, resintiendo de las más variadas maneras las convulsiones del mundo local e íntimo como también extranjero, más que nunca unidos y entremezclados pero lejos de la mentada globalización, más bien pulverizados en este último lugar del planeta. Son tiempos también en que la propia formación literaria es direccionada por la manifestación en boga aunque no masificada de las escuelas de escritura creativa, en donde la práctica poética adquiere un grado de sistematización desconocida para la tradición chilena, tradición que empieza a ser ubicada y apreciada en un nuevo contexto. Son momentos en que la estética establece su corralito. Sin embargo, no son ellos poetas de escuela sino en su mayoría todavía insumisos y muy a contrapelo de estas mareas de época, y con un perfil muy propio en lo que asimilan y escriben. Es como si todavía quedara algún rastro del poeta como conciencia nacional o vocacional de la nación, o lo que Diego Alfaro apunta como el motivo de reconstrucción del país.

En el libro se los agrupa no por orden alfabético ni por cronología natal: creo que se los escenifica en su contigüidad. En un trazado rápido, Gladys González escribiendo apegada y agarrada a su suelo con dientes y uñas, al lado de Víctor López Zumelzu cuyo verso es vuelo y escape. Seguido por Raúl Hernández y Julieta

Marchant, ambas subjetividades que, emerge una patrilineal y la otra, en su revés, se sumerge matrilineal. El primero tratando de alcanzar el lar y la segunda perdiéndose en hebras interiores. Luego sigue Juan Santander que tiene la virtud de partir de una pequeña piedra o una palabra que parece intrascendente, aunque ninguna podría serlo, para expandir universos y Enrique Winter, desplegado en el mundo y la mundanidad con personajes también desenvueltos en un bajorrelieve lleno de detalles. A esos personajes podríamos acercarle los traídos al verso por Yeny Díaz Wentén y sería verlos a unos en la vida concreta y a los de Yenny, fantasmáticos, en un recuerdo doloroso de la pobreza de la vida y su sufrimiento. Y se podría continuar la línea con las complejidades de Natalia Figueroa y Rodrigo Arroyo; la poeta de La Serena haciendo dobles y triples sentidos y, Arroyo con tantas y tantas palabras para rondar al silencio, provocarlo. Catalina Espinoza y Antonio Rioseco enfatizan la cotidianidad y sus pormenores pero cada uno pone una tonalidad distinta en lo que acentúan e ironizan. Cierra esta selección Ivonne Coñuecar, libérrima —ejerciendo una libertad donde lleva a cabo una desacralización de verdades caras al laicado, toca la burla, deja atrás todo lo que le parece socialmente impuesto para llegar a contemplar la tierra sin ataduras.

Para todo lo que en estos poemas se dice, estas líneas son apenas un abrir y cerrar de ojos.

Elvira Hernández

Prólogo

A la intemperie se pierden las diferencias.

Carlos Cociña

Los poetas nacidos en Chile entre 1980 y 1990 observan la transformación de un país. Cada uno de ellos creció en un lugar donde se vivía con lo justo y necesario, los militares y luego la policía recorrían las calles, se hablaba poco y casi nada de derechos humanos. Con los resultados de la dictadura y la apertura al libremercado, llegan las importaciones, se cierran las industrias nacionales, se desarrolla un consumismo desaforado, las carreteras se extienden y ensanchan al igual que las diferencias sociales que antes ya eran evidentes. La minería también se expande y necesita cada vez más recursos; las forestales avanzan como un virus requiriendo grandes cantidades de agua y espacio. Cientos de comunidades se ven afectadas, ante todo la mapuche que declarará la guerra al Estado. Los gobiernos de izquierda y derecha se reparten el botín de las licitaciones, mientras el país se seca y la ciudadanía es sometida a un sistema de educación y de salud negligente: comienza la era del endeudamiento.

Cada uno de estos poetas busca en la poesía una reconstrucción de la historia del país, la mayoría de ellos en un vuelco a la historia familiar. Ninguno es una postal

neoliberal del mejor barrio de Santiago. Se inmiscuyen en las poblaciones, en los bares de mala muerte, escapan al campo o a callejones oscuros que cortan las grandes avenidas. Recurren a sus muertos, a los animales abandonados en la ciudad, a las estéticas del cuerpo, a la tradición poética de Chile. Ensayan, editan, son profesores, bibliotecarios, libreros, gestores culturales, muchos viajan o están largas temporadas lejos del país; crean revistas, cuestionan las nociones de género, absorben la cultura pop, el uso del lenguaje de la calle latinoamericana, hacen circular sus poemas por distintas plataformas de internet. No hay ninguno de ellos que no esté pensando en la poesía chilena y en la contingencia. El gran esfuerzo es el intento de construir un puente entre lo que se derrumbó en las casas y lo que se empieza a agitar en las calles.

Mientras escriben, Gonzalo Rojas y Nicanor Parra están vivos. En esa misma década, del 2000 al 2010, gracias a una política de fondos culturales —que intenta remontar un apagón general que se expande desde la dictadura—, toda una maquinaria de republicaciones empieza a surgir y al mismo tiempo, con y sin esa presencia, emergen nuevas editoriales con prestancia en la poesía. En un par de años la obra de Enrique Lihn reaparece como una especie de archivo de Estado². El mapa de la poesía nacional se reconfigura una vez asentada (a medias y en amnistías) la democracia. Vuelven los poetas del exilio, se discute el quién es quién. Siguen

² Pasa lo mismo con Pablo de Rokha, Stela Díaz Varín, Winnet de Rokha, Gustavo Ossorio, Cecilia Casanova y Gonzalo Millán, entre otros.

existiendo los cuatro puntos cardinales, pero a su alrededor la rosa de los vientos se abre.

Al mismo tiempo se asientan los talleres literarios. Los viejos poetas hacen el aguante contra la poca oferta cultural y los costos excesivos de los estudios formales de literatura. Ahí estará Gonzalo Millán, Elvira Hernández, Sergio Parra, el Centro Cultural Balmaceda Arte Joven la Fundación Neruda (en Valparaíso, Santiago y Temuco), entre otros. Las lecturas en bares, aunque pocas, comienzan a multiplicarse y, sobre todo, se produce una circulación mayor de versos en encuentros y festivales en zonas alejadas del centro del país. El trabajo de muchos es fundamental, como el de Daniel Rojas Pachas y Óscar Saavedra, preocupados de llevar la poesía a sitios marginales y completamente relegados de la cultura.

La siguiente selección, reúne doce poetas chilenos, nacidos entre los años 1980 y 1990, los diez últimos años de la Dictadura Militar y su posterior influencia en la formación democrática. En su mayoría, han publicado dos o más libros de poesía; algunos de ellos han sido antologados en Chile o en el exterior e incluso traducidos a otros idiomas. No podríamos afirmar que aquí existe una escuela o una visión estética que los reúna, sin embargo cada uno de los doce están atravesados por una contingencia y por un redescubrimiento de la tradición poética nacional.

Desde el verso largo y musical de Víctor López a la brevedad minimalista de Raúl Hernández o la sutileza descarnada de Natalia Figueroa, uno podría observar cierta preocupación por la imagen, como aparato constitutivo del poema. Formalmente se puede encontrar en cada uno de ellos un diseño de la situación, la elaboración de

una instancia de verso-unidad, en donde hay un serio desarrollo de la entidad y la yuxtaposición. Es cosa de revisar la noción de obra que abarca la escritura de Rodrigo Arroyo, cuya base en la prosa le permite variar en torno distintas escenas históricas de la vida puertas adentro; igualmente en los poemas de Catalina Espinoza, Enrique Winter, Gladys González, Antonio Rioseco o Juan Santander que vagan por un espacio urbano recolectando los sujetos y objetos desplazados por el capitalismo.

De ahí también se puede entender que ninguno de ellos reconstruye para sí una voz mesiánica, ni la de una subjetividad herida o maldita. Pareciera que cada uno conoce el lugar de la poesía, sus ritmos intempestivos y los costos creativos que puede traer el delirio por delirio. Al contrario, se nota el conocimiento e internalización de la poesía latinoamericana o de otras latitudes y, por ende, una deconstrucción del espacio “patriarcal” y único que siempre se le ha dado a la poesía chilena. Entonces para plantarse en la página, lo visceral no deja de estar exento, como puede verse en Ivonne Coñuecar, o tampoco falta la sabiduría popular en el caso Yenny Díaz Wentén, para indagar en los recaudos de una poesía que no falta al viejo compromiso con el lenguaje y el ser humano. Pero, como digo, no se agota en buscar el espectáculo o una cierta farándula literaria para situarse y fundar sus espacios y obras.

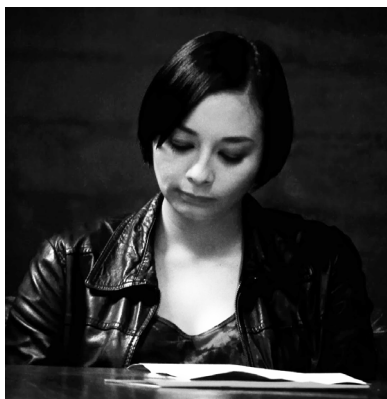
Como en el cuento “Los muertos” de James Joyce, en los seleccionados veremos instancias de la intimidad, paseos por territorios conocidos, lógicas del amor, el trabajo, la lectura o la familia y, por el otro lado, maneras extremadamente distintas unas de otras para plantear estas cuestiones. Y en eso creo que recalca su

valor, en la diferencia, en no seguir ni manuales ni manifestos, ni confluir en pandillas: el peso específico de la poesía está en el poema. También la capacidad de reinventarse de libro en libro, de no dar una poética por hecho o meramente domesticarla. En esa casa chilena, en que aparecen la madre y la abuela de Julieta Marchant, nos reconocemos y a la vez percibimos esa fragmentariedad de una experiencia.

Por último, queda la certeza de que esta selección muestra un estadio de la poesía chilena en completo diálogo, algo que hereda de los '50 y desde ahí en adelante —salvo contadas excepciones—, como un gesto de su sociabilidad literaria. Entre ellos, la mayoría se conoce o han tronzado alguna palabra. Se mueven en diversas redes sociales, algunos viven en Chile y otros fuera, se publican y se leen, no buscan la eliminación de una estética diferente a la de ellos, no se comportan como un grupo heterogéneo, leen con ojo crítico tanto a Zurita como a cualquier otro poeta de mayor edad, poseen una consciencia histórica definida y, me parece, están todos atravesados por la preocupación de articular una obra, jamás poemas sueltos. Cada uno de ellos, parafraseando el verso de Elvira Hernández, se acompaña del caracol de la palabra y el revólver con que la asaltan.

Diego Alfaro Palma

Poetas de la muestra



© Rens Veninga

Gladys GONZÁLEZ
(Santiago, 1981)

Licenciada en Educación con mención en castellano y Pedagogía en Castellano por la UMCE, diplomada en Fomento Lector y Literatura Infantil y Juvenil por la Pontificia Universidad Católica de Chile y doctora (c) en Letras y Filosofía con mención en Filología Hispánica por la Universidad de Valladolid (España). Ha publicado en poesía *Papelitos* (2002), *Gran Avenida* (2005; 2010), *Aire quemado* (2009; 2010), *Ninguna palabra* (antología, 2011), *Vidrio molido* (2011), *Hospicio* (2011), *Última noche* (reedición ampliada, 2012), *Última noche* (2012) y *Calamina* (2014).

Sobre la poesía de Gladys González

Recuerdo la primera vez que leí a Gladys González. Yo estaba conversando de poesía con un profesor de la facultad. Entre medio —no sé bien qué dije— y el profesor sacó de su bolso un ejemplar de *Gran Avenida*. Leí el primer poema (que es también el primer poema de esta muestra). Sentí que alguien estaba pensando la poesía allá afuera y que mientras la pensaba la escribía con un vocabulario salvaje.

Siempre se la asoció con el punk, la contracultura santiaguina, los bares de mala muerte. Puede ser, pero también en ella hay un ejercicio de soledad, de inmersión y de mirada pasiva que busca afuera un contorno de un mundo interior asolado. En su poesía hay calles solas, piezas derrumbadas, ciudades pobres, el cuentagotas del fin de mes. Ante todo una sinceridad y una simpleza que maneja como pocas.

Heredera de poetas como Stella Díaz Varín, Gladys no sólo se ha dedicado a la escritura. Su gestión cultural ha sido fundamental en los últimos años en Valparaíso (su lugar de residencia) y, hoy por hoy, inicia movimientos con la editorial Flor de Cardo y una antología sumamente necesaria de la recientemente fallecida Ximena Rivera.

Poemas

Paraíso

aquí no hay glamour
ni bares franceses para escritores
sólo rotiserías con cabezas de cerdo
zapatos de segunda
cajas de clavos martillos alambres y sierras
guerras entre carnicerías vecinas y asados pobres
este no es el paraíso ni el anteparaíso

Hilo rojo

debo decir
que me duele un hombre
en todo el cuerpo
fotocopia su rostro
y lo pego en los paraderos tristes
de Gran Avenida

bordo su nombre con hilo rojo
en mi ropa interior
me tatúo las costillas
por si acaso un día te saco de adentro
tomo té nueve veces al día
hablo con los pájaros
hago mandas al niño Jesús de Praga
prendo inciensos
leo el Kamasutra
mando a revelar tus fotos antiguas
no duermo buscando algo más que ofrecer

me corto la yema de los dedos
y camino goteando las calles
con los brazos caídos
y la cabeza semirapada

(De *Gran Avenida*)

Escarcha

paseo por la cocina
con una taza de té
de amapola

dibujando ciudades
con la escarcha
de mis huesos

escucho
motores de aviones
que practican
horas de vuelo
sobre el techo
de mi pequeña casa

el sonido
de la lluvia
golpeando
los cardos
de la calle

destrozando
la belleza de lo primitivo.

(De *Hospicio*)

Adiestramiento

todas las ciudades
son iguales
si haces el mismo ejercicio

buscar una cama
encontrar alguien
en esa cama

construir una ciudad
dentro de otra ciudad
sin puertas
sin ventanas
sin salidas

dejar pasar el tiempo
con los ojos cerrados
como si todo
fuera familiar
como si los golpes
y los amigos muertos
no estuvieran
en frías bodegas
como fichas clínicas

todas las ciudades
son iguales

todas las ciudades
se provocan
en el mismo ejercicio

todas las ciudades
se queman
al cruzar la frontera

(De *Aire Quemado*)

una luz en el puerto

F. M. M.

una pequeña luz
flota en el pasillo
dibuja un vidrio roto
una mano con sangre
un hombre que deja un vaso en el piso
y dice *no ha pasado nada grave*

junto a la tibia lámpara
de su habitación
susurra
todo está bien, pajarito ciego
aún cabes en un solo abrazo

antes de dormir
ella escribe en su oído *eres mi casa*

(De *Calamina*)



© Víctor López Zumelzu

Víctor LÓPEZ ZUMELZU
(Curacaví, 1982)

Actualmente reside en Buenos Aires. Ha recibido el Premio Hispanoamericano de Poesía de la revista VOX (2005) y el Premio Municipal de Poesía (2011). En el año 2006, fue becario de la Fundación Pablo Neruda. Ha publicado en poesía *Los surfistas* (2006), *Anleitung, um sich in der Stadt zu verlieren* (traducción del alemán por Rike Bolte, 2009), *Guía para perderse en la ciudad* (2010), *Erosión* (2013) y *Mi Hermano* (2014).

Sobre la poesía de Víctor López Zumelzu

Posiblemente este sea el poeta de oído más entrenado de esta generación. Una especie de DJ que en la soledad de la pista de baile mezcla distintos recortes de la realidad, desde imágenes crudas de la ciudad hasta el movimiento de grandes cardúmenes en el mar. En ese movimiento de vinilos, todo se sintetiza y cobra sentido: un adentramiento en la vibración del mundo para nombrar la experiencia.

Sus poemas son largos ejemplos de una construcción virtuosa, de lograr el libro-poema o el libro variación. Sus versos son unidades que parecieran estar sostenidas por su propio peso, pero interconectadas por hilos invisibles que hacen surgir la música de una poética sin respiros, pura sucesión de imágenes y reflexión. A ratos documental, la mayoría confidente.

Desde *Surfistas*, pasando por su importante *Guía para perderse en la ciudad*, hasta su último libro *Erosión* (publicado en Argentina bajo el título *Mi hermano*), Víctor ha desplegado una voz sumamente propia y un ritmo que posiblemente identifiquemos como el ritmo de nuestra época.

Poemas

Cartas

Mi querida Mariel

Cuando escribo de Chile no pienso en Chile como un país

[/ sino que escribo

otro sinónimo más de lejanía / Algunas mañanas me des-

[pierto con una

re seca semejante a una delgada línea de mar en las pestañas

[/ Mas allá

una muchacha amarra flores amarillas en medio del desierto

[/ entre sus

piernas hay un cuaderno borroso que parece decir / *"esta*

[es mi escritura

una niebla en la que apenas se divisa" / Escribir es siempre

[decir lo mismo

/ Ahora voy a escribir un verso genial / algo digno de Yeats

[/ una ensoñación

/ sobre una venus que reposa desnuda en un estanque de

[peces / pero no

precisamente de una venus / sino más bien de una quincea-

[ñera de los

barrios bajos de Santiago / que yace violada y muerta en

[las riberas del

Mapocho / Un surfista viaja toda su vida en un autobús

[que de a poco se

desvanece / a veces mira a través de la ventana el paisaje

[/ enormes

carteles con nombres de ciudades desconocidas / trasladarse

[de un lugar

/ hacia otro punto / donde el mismo viaje es un signo de

[desvanecimiento
 / de continua perdida / Él le escribe poemas de amor porque
 [no se atreve
 a decirle que la ama más que el universo / un día decide
 [mostrarle sus
 textos y ella le dice son demasiado tontos / no dicen nada
 [nuevo / Toda
 escritura es una especie de caída / leve / despacio / sin tiempo
 [/ cerca del
 suelo la sensación de velocidad aumenta / los ojos se dilatan
 [/ el fotógrafo
 enfoca la escena y le pide que por un momento / solo por
 [un momento /
 cierre los ojos y que imagine que el breve viaje hacia
 la oscuridad / no huele siempre como un ramo de flores
 amarillas olvidadas en medio del desierto/ En Colombia
 hay cientos de mariposas de colores / en Chile de vez en
 cuando la corriente del niño trae peces voladores que se
 [elevan a varios
 centímetros de altura / Toda escritura es precisamente esto
 [/ que salga el
 sol cuando deseamos que salga el sol / y ponernos abrigos
 [bufandas
 cuando deseamos que este mismo muera.

(De *Los surfistas*)

1.-

Se acercó a la ventana para dar una idea exacta
de un “hecho”

Pero descubrió que no existe una idea exacta
de un hecho

Solo un montón de hojas muertas acumulándose
en la parte trasera de un jardín

Un jardín que de lo más bien podría ser
un jardín mental

donde se acumulan ideas, recuerdos o la noción
que nosotros tenemos de la palabra “recuerdos”

Lo cierto es que se acercó a la ventana
para decir:

*Mira hijo esta hoja que yace aquí muerta
mientras tú crecías, ella también crecía,*

*mientras aprendías en tu cuerpo los secretos
de un lenguaje hecho de diferencias*

*ella también aprendía a ocupar un lugar en el tiempo
en el espacio delimitado por la palabra diferencia*

Inclusive ya por esos años un tipo llamado
Ludwig Wittgenstein le decía a su amante al oído

Hay tantas palabras invisibles que deseo oír

Tan solo por decir algunas cosas que sucedieron aquí
durante tu ausencia

La mitad de la casa fue dismantelada para dar paso
a una carretera de alta velocidad

a mí se me carieron los dientes
y tu hermana se deprimió
hasta el punto de desaparecer

Entonces ¿cuántas visitas al dentista serán necesarias
para que los dientes parezcan realmente blancos?

Brillen
sin el sarro que por años
se acumuló

Para que al final del día con la boca anestesiada
podamos preguntarnos

¿Ahora cuánto tiempo es necesario
para aprender a sonreír?

Preguntas como estas no existen
y si existieran

El paisaje publicitario
que nos rodea asemejaría
un montón de hojas muertas acumulándose
en la parte trasera de un jardín

Un jardín que de lo más bien podría ser
un jardín mental
La última imagen que ella conserva de él
es marchándose
bajo un camino oscuro rodeado de cipreses

Un hombre es siempre un libro de gramática abierto
donde los fantasmas del contexto
giran sobre sus manos

Si digo esto puede ser sostenido por una mano
también estoy diciendo
la pesadez puede ser sostenida por las palabras

Quizás la manera en que llevamos la palabra abandono
inscrita en el cuerpo

sea la razón por la cual nos quedamos
hasta tarde pensando

en las hojas que caen en el patio de atrás
sin que nadie
se dé cuenta

Entonces ¿cuáles serán las palabras apropiadas
para decirle a alguien que su hijo ha muerto?

¿Cómo es que un día acaricias el rostro de alguien
y al otro día ese alguien es un fantasma
temible y aterrador?

Lo cierto sería decir que los jardineros se durmieron
cortando la maleza y es tarde

A esta hora el pasto degollado, mutilado
se empieza a secar

ahora vendrá lo difícil

¿Por dónde empezar una conversación?

¿Cómo empezar a hilar esa red de asociaciones que hace
[mucho
los lingüistas definieron como habla?

y que ahora en un paisaje completamente derruido

abandonado
volverá a nacer

Hay un árbol a la distancia la curvatura del cielo
lo hace posible

Mi abuela de a poco vertía el té caliente
en el plato y lo soplaba

cuando llegué a la ciudad
me dijeron que tenía que olvidar
todas mis costumbres de campesino

el sonido de la lluvia en el lóbulo de la oreja
la camisa a cuadros
el tartamudeo que primero dobla las palabras

y luego las ideas
Las palabras también sufren en su piel
el paso del tiempo

En primavera los cipreses se mueven con la brisa

Las manchas en las sábanas
son de un gris pálido casi solar

Esa mañana él se marchó temprano
hizo sus maletas
ella en cambio abrió las ventanas

y la habitación se inundó de luz

Una pregunta no necesita de una respuesta
pero una respuesta necesita ser interpretada

en función de pregunta

A veces las palabras son más frías que los objetos
los objetos necesitan ser observados con detenimiento

Las palabras son lentas
y provienen de la garganta

El día está repleto de palabras

y se resume en el horizonte

Un obrero cansado desde las alturas mira a su hijo
escribir un poema

Él también construye un edificio de palabras
en el cual nunca vivirán

Un edificio que sangra la herida
del mundo

Un montón de imágenes
que se fueron acumulando
una a otra

antes de que viniera alguien y las barriera bajo
la alfombra de golpe

No te quedes con la luz prendida hasta tarde
decía mi mamá

La oscura inmovilidad de las cosas que se duerme
en los ángulos como el polvo

Una canción que se fue formando
de a fragmentos

Hasta traer desde la infancia
una ráfaga turbia de hojas

que se fueron acumulando
bajo un cielo de nubes luminosas

¿Cuántas hojas pueden caer en el mismo lugar
antes de que en nuestros labios se forme un pensamiento?

Cómo se sumerge por años el dolor para volver
a emerger un día cualquiera

En la apacible forma de una película
donde ha empezado a nevar

lo blanco refulge

y lo único que uno puede hacer
es sentarse en el sillón
abrigarse
y beber una taza de sopa caliente

Ella se hizo un collar con los cristales que estaban
esparcidos en el suelo

después vino alguien vestido de blanco
la declaró loca
y no volvió nunca más

Un libro necesita ser leído al menos una vez
para que sus hojas no se resquebrajen con el tiempo

Un paisaje de posibles oraciones
y frases hermosas
que no dicen nada

La escritura no es la representación del mundo
sino una concesión con él

¿Cuántos libros uno puede leer en su vida
y seguir teniendo la sensación de vacuidad?
La ventana se rompió y los cristales quedaron esparcidos
en el suelo

Un poema es un inventario
de silencios

Mi abuelo creía que yo era demasiado negro
como para ser familiar de él
cuando iba a verlo no respondía el timbre de la puerta de
[su casa
hasta que un día no respondió más

Las flores en el jardín despiertan

Afuera el canto de los pájaros
y el sonido de las patrullas
sostienen un discurso

Cada palabra tiene una representación mental
Así como cada persona sostiene sus propias
preguntas y respuestas

La débil distancia que separa el suave aroma
de un cuerpo joven

del intenso olor que expele un cuerpo
ya senil

Pese a la lluvia matinal el cielo es de un color
fuertemente anaranjado

Las nubes grises se retiran hacia un paisaje
escrito una y mil veces

pero aun así repleto de incertidumbre.

3.-

Uno podría tomar en este momento
la decisión de irse

Así como también podría tomar en este momento
la decisión de quedarse

Mi abuela se quedaba toda la tarde al lado
de la estufa tejiendo

un hermoso suéter con pequeñas
flores blancas

Ella decía *existen tan pocas flores en el mundo*

Cuando al fin lo terminó se lo regaló a mi prima
quien le dijo que no lo quería

ya que los chalecos floreados
habían pasado de moda

Hace frío y un perro ladra a un extremo
de un pastizal

¿Acaso la muerte es menos densa que el tiempo
que gastamos en describirla?

La historia de Chile resumida en tres horas y media

de apacible lectura

Para luego irse a dormir con la memoria blanca y tersa
como ropa que después de lavar

aún pregunta por sus manchas

En este momento tendremos la misma discusión
de siempre

Sobre lo que tenemos que olvidar
y sobre lo que no tenemos que olvidar

Ella se quedó dormida
y cuando abrió los ojos
miró hacia atrás

y descubrió con terror que el pasado es un camino angosto
repleto de aves muertas

Un campo de espigas donde de a poco
se ha empezado a nublar

tanto así que parece que va a llover

Una lluvia tibia

Sobre el campo de espigas donde los soldados duermen
o conversan mientras sacan brillo a sus sables

En esta parte de la ciudad
los teléfonos jamás suenan

Ella dice *no puedo comprender*
cómo alrededor de estas sábanas sucias
un capítulo completo de mi vida se cierra

Él solo sabe decir palabras como distancia

Arena negra que la gente arrastra de la playa
a la ciudad

Escribir con palabras lo que no se puede
decir con palabras

Si la soledad es similar a la paciencia
por qué habremos de correr buscando

a cada cosa un significado

Mi tía nunca se quiso casar ya que según ella
todos sus pretendientes eran feos

gordos
malolientes

Se quedó lavando la loza

Observando la belleza perfecta
de la espuma

¿Cuántas características necesita una cosa
para que digamos *esto para mí es especial?*

Ordenamos la ropa como podemos
En medio de la discusión se trata lo más rápido
de recuperar algo de aliento

Cruzamos los dedos
bajo una tensión mínima

Esperamos o nos esperan
da lo mismo

Inclinar la cabeza sin peso en un día de lluvia
no quiere decir nada

aunque es posible hacer un retrato con todo eso
Líneas travestidas, rasgos, luces

El horizonte vacío
como una cesta de frutas.

(De Guía para perderse en la ciudad)

Sobre la forma de los edificios

Si esta desesperación que llamamos “mundo” merece crecer lo hará sin orden, sin secretos. La ciudad me hace daño pero no podría vivir sin la ciudad. Tan sólo pensarme fuera de ella bastaría para extinguirme. Los sábados por la mañana voy al cementerio & le dejo flores a mi hermano que se doblan de a poco con el viento como yo. En la tele dan un programa donde gente desconocida nada en la mitad del mar, un submarino nuclear se sumerge en la oscuridad viscosa & jamás lo volveremos a ver. Una niña en un gesto teatral mueve sus manitas en el aire como queriendo decir adiós, goodbye, auf Wiedersehen. No tenemos por qué interpretar presagios, leer el I-ching antes de salir a la calle, ver avecillas oscuras a través de la niebla, eclipses; pero igualmente nos preguntamos qué tan lejos estarán esas personas de la orilla. ¿En qué disco perdida nuestros cuerpos nos llorarán? ¿Cuál será la música que pincha el dj para sí mismo cuando en la pista no hay nadie? La luz nos dibuja signos cuando miramos detrás de cada palabra, cosa, sonido, vértigo. Hoy no hay lluvia, ni insectos, solo pensamientos tan frágiles que cualquier viento puede derribarlos. Estacionamientos donde hay rumores de nieve & cicatrices. ¿Son realmente los sueños que tenemos nuestros sueños? Hace meses que me acuesto con gente que no amo ni deseo & prefiero en la madrugada muchas veces hundirme en el asiento

trasero de un taxi antes que ver la ciudad estirarse como un gato. Es que se nos había olvidado que mientras bailábamos & quebrábamos los vasos de licor en la pared, afuera la guerra continuaba & nuestras palabras ya no son capaces de contener el polvo que nace de los nuevos edificios.

Sobre la forma del té que se hiela

¿Cómo decírtelo?

Es como ese instante en que va a llover

& no llueve,

& corres apurado & el metro igualmente se va;

pero antes, un momento antes

cuando el pensamiento

aún no se encauza

& traza círculos, se retuerce

& la palabra “anhelo” aún recorre nuestros labios

como un delicado viento que agita

las ramas más altas de un ciruelo

& que a pesar de su insistencia las dobla

pero jamás hace daño

o como las plantas

que aunque abandonadas

a la inclemencia del invierno florecen

al amparo de una forma,

en el préstamo de la luz,

mientras en la cocina las válvulas de gas

se abren o se cierran

& el té que hiciste para alguien

se enfría inevitablemente

Aun así las diminutas hormigas que cargan

en sus mandíbulas el peso de una viga

(o sea el peso del mundo)

siempre saben cómo volver a su hogar,

en el aire turbio que se arremolina

sobre nuestras cabezas millones de semillas
están esperando la fecundación,
las corrientes submarinas cambian de sentido
para que los peces desoven
 & no importa lo crueles
que hayamos sido ni el sufrimiento
al cual hayamos sido sometidos
el diccionario por fin ha dado vuelta sus páginas
dejando atrás la palabra “dolor”
Escúchame, no nos conocemos
 & quizás nunca nos conozcamos
pero te amo como todas las cosas
aman a las demás cosas,
las gotas transparentes acarician en la mañana
el vidrio que ha reflejado miles de imágenes
 & así por un instante el universo tiene un sentido,
en el que dejamos de estar tan solos,
los prados empiezan a humedecer
 & la niebla se disipa

(De *Erosión*)



© Pablo Herrera

Raúl HERNÁNDEZ
(Santiago, 1980)

Vive en el Barrio Yungay de Santiago de Chile. Bibliotecólogo y Diplomado en Edición por la UDP / Universidad Pompeu Fabra (España). Trabaja en la Biblioteca de Santiago y es editor de poesía en Edicola Ediciones. Ha publicado en poesía *Poemas cesantes* (2005; 2016), *Paraderos iniciales* (2008), *Polaroid* (2009; 2010), *Caligari* (2010), *Estética de la lluvia* (2012; 2013; 2015), *Los pájaros del atardecer* (2014) y *Cosas simples* (2014).

Sobre la poesía de Raúl Hernández

El Tao Te King en su poema 16 dice: “Retornar al origen significa reposar / reposar es volver al propio destino”. Me parece que ese es uno de los movimientos principales de la escritura de Raúl Hernández, la de volver a un origen nuclear de la ciudad, la familia y del sujeto, para reposar la obra en la síntesis y luego brindar una imagen de lo que somos.

Como pocos poetas, Hernández tiene el don de la imagen fotográfica, con la que aspira a dar un panorama del estado de las cosas. Como recomendaba Ezra Pound, “la prosa del poema queda para el lector” y aquí los poemas abren esas experiencias visuales, un relato posterior que nace del ícono o de la situación detenida.

Así, aparece la historia de los '80, la vida civil, la ruralidad y momentos entrañables en los que tenemos un doble papel: el de mirar y el de ser protagonistas de historias que no nos son ajenas. En esa prosa quedamos luego de leer estos artefactos mínimos, pero sumamente orgánicos.

Poemas

EN EL PARADERO 12 de Santa Rosa
hay un perro muerto en la calle.
Sus ojos reflejan
el anuncio de Copec.

80`s

Aún recuerdas
las bombas lacrimógenas
y las banderas del MIR
cuando vas por la Yungay
a ver a tu abuela.

(De *Poemas cesantes*)

ESCRIBÍ EN EL MOMENTO JUSTO
del té caliente y el pan amasado.
La pata del diablo no podrá pisotear
esta inmensa plenitud.
Los borrachos con chupalla me saludan
como a un colega
y en esta ocasión estoy un poco cansado.
Escribí en el momento preciso
caía la tarde y con ella la cascada.
Un ave me dice a lo lejos que *todo lo que hagas*
será en vano, tu futuro es totalmente incierto.

ES DE TARDE

y el maíz salta escandaloso
en el carro de cabritas.

En la plaza un puesto de artesanía
viene a mostrar la greda de mi niñez.

Ven a correr este paso de cebra
-creo escuchar un momento *ven*
a correr dentro de mí
me llegas jubiloso
me vendas caminando.

Y no sé lo que dicen estas voces fabulescas.

Ningún librero reconoce mis poemas
ni mis gestos ni mis añoranzas
será que ningún libro lluvioso
ha llegado deshecho a sus manos.

Será que no reconocen a este personaje.

Vámonos a caminar por la plaza
nadie sabrá que eres llovizna
ni que le temes a este invierno.

(De *Paraderos iniciales*)

Polaroid

Los patines con alas
en el polerón Playboy
que lleva mi padre
en una foto
sacada el año 1982
parecieran
resaltar en la imagen.

Mi padre
contemplando el horizonte
inalterable como ahora
que ve un partido de fútbol
en el canal 7
mientras lo observo
sentado en el sillón.

Y de pronto
voltea hacia mí
y ahora soy el observado.

Nos miramos
nos dejamos de mirar.

Y vuelvo a la foto
donde también aparezco
a su lado de la mano.

[66]

Sintiendo
que no debería alejarme.

(De *Polaroid*)



© Sofia Suazo

Julieta MARCHANT
(Santiago, 1985)

En la actualidad codirige el sello Cuadro de Tiza y, también, es coordinadora de Alquimia Ediciones. Fue editora de la revista *Grifo* y de los *Diarios íntimos de Teresa Wills Montt* junto a Alejandra Costamagna. Ha publicado en poesía *Urdimbre* (2009), la plaquette *Té de jazmín* (2010) y *El nacimiento de la hebra* (2015).

Sobre la poesía de Julieta Marchant

Urdimbre fue el intento de aunar en una escritura personal la escrituras de otras mujeres, de hacer converger varias poéticas dislocadas por la relación entre el cuerpo y la palabra. De esa experiencia, Julieta logró construir no sólo una voz personal e identificable, sino también una labor editorial que igualmente reúne sus lecturas de la tradición latinoamericana e incluso la traducción de ensayos sobre género y poema.

En su plaquette *Té de jazmín* la poesía se torna mucho menos experimental y más confidencial. Y por confidencia entendemos que es una creación particular de su subjetividad, una ficción que, en este caso, se mezcla con el ensayo y una música lenta que necesita de las imágenes de la naturaleza para articular esa realidad.

El salto mayor es, sin duda, *El nacimiento de la hebra*, un libro en donde arma la historia familiar de tres mujeres que dialogan, son retratadas y, en ese ejercicio, exhiben un discurso interno, una manera de configurarse como mujer, no sólo históricamente, sino desde una escritura que se extiende para dar voz a aquello que solo se dice a media sombra.

Poemas

QUISE CONSTRUIR UNA CASA encima de tu casa
quisimos ciudades a destajo libros quizá destronando
[realidades o al revés
quise una isla encima de una hamaca
que meciera mi cuerpo hasta dejarme botada junto al resto
[en las veredas
tus cimientos son puro barro no hay manos suficientes
para crear siquiera la ficción de una patria

mi raíz se cierra a la tierra se enrosca no alcanza
todo lo que somos estrechándose y al otro lado
nadie o vestigios de los que estuvieron aguardando palabras

esperaste que esta casa a techo abierto fuera un hogar
pero quién dime quién podrá alguna vez soportar el viento
rasgando el cuerpo quién dime recordará
lo que se hizo en una pequeña esquina mientras allá afuera
escribían una historia o construían otras casas quién aguanta
su propio reflejo devolviéndose y diciendo no quién

si hubo alguna vez una raíz que saliera de mi cuerpo
 agua siquiera o humedad si hubo hogar
 es esto que destruyo al nombrarlo
 los jardines tienen términos salidas túneles
 entro acá y rehúyo dime quién se quedará
 en la mitad de este jardín simulando que es más que un
 [patio trasero
 quién aguanta lo propio o soporta el silencio habitando

[72]

la memoria lo blanco haciendo sombras
la historia en el centro y palabras dispersas en lo que nadie
[ve

(De *Urdimbre*)

2

El despegue urgente y repentino, ese despegue
acorazado incluso, igual de violento que el sonido de la caída
nos recuerda el vacío personal contenido en las palabras.
El despegue es la urgencia misma de verse cayendo
en la mitad del asfalto, dispuestos a dejarse abrir, a ser
[rajados
con los brazos simulando alas que siempre se deshojan
en la posibilidad de volar. El despegue impúdico que divisé
[desde el balcón,
la caída exacta, los pájaros que asustados del golpe, torpes y
[abrumados, /huyeron.
Desovillo esa tarde desde un lenguaje prestado, sus fibras
[impropias,
sus leves ilusiones, su luz incluso que es tan breve, te desovillo
buscando en el cuerpo que tenías esa tarde un lugar para
[mi mano
escribiéndose a sí misma o desarmándose, no importa.
Esa tarde violeta y naranja entró en la pieza cuando abriste
[las cortinas
para contemplar el mapa de las sábanas, su marea inmensa.
La cama era una isla entre el océano de espejos
proyectando las espaldas unas sobre otras,
la belleza inoportuna de esa imagen que contemplé mientras
[dormías
listo para dejarte ir, desde tu cuerpo desfondado hacia el
[diluvio.
Y nuevamente la lluvia, ya no importa, el agua copiosa,

la ciudad afuera y sus heridas oscuras como bocas abiertas
 declarando su mudez. La lluvia impertinente
 calando el cemento fresco, horadando los bordes de los techos,
 adhiriendo papeles al suelo, esa lluvia insoportable
 nos recuerda el sonido de las palabras estrellándose cuando
 [intentan nombrar.

Desovillo esa tarde recubierta de otras tardes y otras y
 [otras más,
 agolpadas se hinchan y ocupan el espacio de tardes que
 [no fueron.

El despegue y la lluvia, los pies aferrándose al acantilado,
 abajo la ciudad que comienza a exhibir sus luces
 en el centro claras y hacia afuera más difusas, la ciudad
 [imponente

que exige ser vista desde acá, y el agua azotándola
 como si de pronto pudiera hacerla declinar
 o hundirla en sus cimientos, no importa.

En medio una pieza, y en su eje una cama, y al fondo el mar
 [gris
 de los espejos, su urdimbre ilusoria de espejos, su fiesta
 [barroca,
 y de nuevo la tormenta que desde la ventana seduce con
 [su empuje.

Una tarde desovillo, este lenguaje rompeolas, las palabras
 y sus geografías que son muelles o gestos de cercenar el mar.

4

Aún el sabor del té en la garganta, el aire que ingresa
para aliarse a la calidez que dejó en nosotros, su dulzura
a cuentagotas y luego todos los canales invadidos, como

[una enredadera

el té echó sus raíces delgadas, sus espigas. Todas las tardes
sumergidas en esa taza y, sin embargo, nada sucede.

La casa enmalezada, los tallos largos hasta la cintura,
desde afuera se ven caídas puntas verdes brotando,
la imagen abierta de la falta se deja oír,

su música en este piano, en el crujir del pie sobre el pedal.

En la ciudad nuestra isla, cargada y vegetal, el diluvio

[azotando otras casas,

la nuestra tambaleante, pero anclada a la tierra,

cosida en una única puntada se entrega a su vaivén, a su

[flotar extraño.

Nado, sumergida a la mitad, mi cuerpo nada

en un río que cruza en diagonal desde la puerta,

un río grisáceo y rojo, sus olas de acuarela entrándome,

sus pinceladas curvas. La humedad nos separa,

la amplitud temporal de esa humedad, su semblante en

[apariencia inofensivo.

Tus papeles simulan pequeños barcos naufragando,

los muros adoptan figuras ensombrecidas que podrían ser

[pájaros

o quizá trozos de pájaros desgarrados de su centro.

Acá no hay orillas, sino metáforas que decían viento, agua
 [o nube.
 En el techo la materia gris del invierno vigilando,
 la inminencia de su azul oscuro y tú callado, vaciándote
 [hacia atrás,
 líquido siempre, intentando trazar una línea
 con la punta de los dedos en medio de una ola, ya no importa,
 la insignificancia de tu mano resistiendo
 o los pedazos de hielo que navegan lentamente y que nos
 [raspan,
 importa nada estar flotando en lo salvaje, importa poco
 el gesto absurdo y fugaz de atarme un hilo. Nada hay que
 [salvar
 el agua todo se lo lleva, incluso la discreta puntada que
 [sostiene,
 el hilo tenso como la piel se destrenza.

El sabor del té en la garganta, la memoria imprecisa,
 insoportable en sus elecciones, insospechada en su azar.
 [Ese té
 que pudo haber sido en la misma tarde que evoco o en otra
 más lejana incluso, o quizá será en la frontera de un patio,
 a la sombra de un árbol diferente, alto y erguido, orgulloso
 [en su firmeza.
 Los recuerdos caen en masa como perlas cuesta abajo,
 luego retornan desde otro ángulo, recobran un eje impropio
 y se refuerzan como piedras. Transformados parpadean,
 pujan, tiran y se deshacen nuevamente. Mientras yo, atada
 [a este peñasco
 resisto. Abajo la ciudad impone sus caminos, el lenguaje
 [impone sus caminos,

la taza fría, el ciruelo y sus ramas cabizbajas imponen sus caminos.

(De *Té de jazmín*)

UNA IMAGEN: mi abuela recogiendo castañas.

Un tiempo inalcanzable

o el espacio que prolonga una ínfima constelación.

Aguardo palabras mientras afuera acontece lo infinito:

él agacha la cabeza frente a una vitrina que le devuelve su

[reflejo

una mujer se acerca a su hija para estirar la costura de su

[falda

llueve y sin embargo nadie se levanta de las sillas

él enfoca la cámara esperando que no posen

—una escena espontánea para la posteridad—

qué escena podría serlo se pregunta y dice miren

justo cuando la pequeña del rincón se arregla el pelo.

Mi cabeza se puebla y se vacía, la mano empuja.

Cierra la puerta y concluye la imagen

pero el ruido de su nombre continúa escarbando.

No lamentamos despedirnos

sino saber que por mucho que construyamos

la lluvia seguirá existiendo

y sin embargo

nadie se levanta.

Dije basta y mi eco encontró refugio

en la amplitud de esa palabra.

Mientras escribo ella toca piano con los ojos cerrados

usa audífonos para no molestar

y el movimiento de su pie sobre el pedal

me incita a adivinar un cierto ritmo.

En el relato gira la música.

Tu cuento es incomprensible, le dice

y él explica que intenta retratar el mundo
a través de la experiencia de un árbol.
El profesor sale y vuelve con la hoja de un gomero
y pregunta ¿qué ves?
Nadie entiende
y sin embargo
no nos paramos de las sillas.
Qué sopesa este poema, cuál será su alcance.
Una voz o un murmullo, nunca supe la diferencia.
Qué tendrá que ver un gomero
una imagen
que no podremos entender aunque siga merodeando.
La memoria y su camino
quiero decir su torpeza, sus brazos largos.
Una idea básica: voy detrás de mi abuela
le ofrezco cargar las castañas.
Una pregunta elemental: cómo sostener ese canasto
siendo yo tan pequeña.
Mira la tierra húmeda, quisiera hundir mi cuerpo ahí, dijo.
No vi tierra, sino un mar de hojas secas
sus crujidos al caminar acomodándose estaban
recuerdo lo frágil
quisiera hundir mi cuerpo
concluir.
Arrimarse a las lagunas que habitan las palabras
o dejarse tocar por ese espacio que una vocal deja intocable.
La pregunta didáctica: ¿qué es un poema?
¿Por qué usted habla de sí mismo en tercera persona?
Una distancia entre lo que pensé y lo que dije, nada medible
[por cierto.
Las hojas sometidas a mecerse

una se enreda en la dureza de una rama, se desprende y cae.
 Mira cómo baja, apuntó con el índice
 girando lento, el viento sostiene –aguanta–
 y seguía apuntando

mi abuela

que se hundió en la tierra húmeda.

No estaba yo para contar esa historia, aunque estoy para
 [escribirla.

Mi madre lanzó la bicicleta en medio del camino
 corrió hacia el lado opuesto, se detuvo jadeando y lloró a
 [gritos.

Fijo en el papel un relato, disimulo sus olvidos
 estampo una cierta inmovilidad.

En el poema lo accidental

la primera escena que me arrebató un silencio involuntario:
 solo queda soportar la contemplación
 de unas manos intentando soltarse de unas manos muertas
 –los dedos de mi madre son extremadamente largos–.

Llueve y los turistas con sus gorros de paja simulan que
 [no llueve

me sumerjo en el mar
 atrás

donde no podría obviar el agua
 ¿y si de pronto me abandono?
 (nadie se levantaría de sus sillas).

El nombre aprieta, mi madre aprieta, mi abuela aprieta
 un puñado de castañas

las curvas de sus manos se endurecen
 y de pronto ya no están.

Desplazar el nombre, abandonarse en el área muda de la
 [lengua
 conservar lo que raspa bajo las palabras.

Siempre tuvo que ver con eso
para mí
el desgarró de lo simple.
Prometerse alivio a la sombra de un ciruelo
un beso discreto como si la cercanía rajara
(adentro es posible desaparecer).
Jurar lo que seremos incapaces, tanto entusiasmo pienso
lo irrecuperable, la esquina donde dijo ya no más
—su eco encontró refugio en la estrechez de esa frase—.
Cierra la puerta y concluye la escena, pero el ruido continúa.
De la salida atesorar
el temblor
algún indicio que nos ate a la memoria
separarse de las manos de otro para hacerse cuerpo
retener y velar por lo propio.
Una cierta incomodidad al hablar del pasado, cuánta ajenidad.
Una imagen: la sombra de un árbol.
Una pregunta elemental: cuántas veces ese árbol impondrá
[la evocación.
Por qué usted habla de sí mismo en tercera persona
le pregunta y él la mira con violencia.
El pulso de las palabras serena la muerte.
La lluvia sigue impaciente, su cadencia obra.
Los turistas son tan solo parte del paisaje
allá, me pregunto
cuál será el lugar que nos corresponde
a pesar de todo el pesar
y sin embargo
—me precipito—
nadie se levanta de sus sillas.

LA ABUELA OLVIDA SU NOMBRE en el desastre
de recordar sin herir y desconocer sin reparar
olvida los nombres, el vínculo entre un objeto
y la palabra que le corresponde. La madre le indica
cómo no perderse entre las cosas
la guía en el tumulto de las manchas que pueblan
el espacio entre un objeto y su vocablo.
La madre le enseña a la hija que recordar es necesario
y con el dedo va apuntando sílabas sueltas
que rodean una manzana
todas comienzan con una eme en la página diez
del primer libro que la hija lee.
La hija va pronunciando lento
e intenta comprender cuál sonido pertenece a qué letra.
La abuela ha dejado de comprenderlo todo
y se aferra a su enagua.
Las primeras palabras que aprendimos
nos abandonan de pronto y quedamos extraviados
ante la idea de que el lenguaje
no nos dice más que su propio descuido.

La hija le enseña a la abuela apenas palpando con el dedo
el borde de la manzana de su primer libro.
En esa imagen algo arde y se apaga de golpe.
Ellas en nada se parecen y sin embargo
las dos aprenden algo tan pequeño juntas
que se quedan en silencio
escuchando cómo cada una se queda en silencio.
En esta escena decido guardarme

y se conserva inmóvil, sin desprenderse nunca
de los dedos que se juntan en una eme a colores.

El silencio nos convoca a sentir
cómo adentro nos acomodamos en el cuerpo
que solo somos capaces de tocar desde afuera.
Cierra los ojos y la hilera de castaños permanece quieta
ensombrece las capas de hojas que se acumulan en el suelo.
Apisonar una imagen con los ojos
con el oído que se queda.

Recordar el pasado como quien vuelve a respirar
después de un golpe en el pecho.
Extraviarse en aquello que escribimos
para llenar los huecos de lo que ya no recordamos
de lo que resulta insoportable.

Anudarse en uno mismo en la espera.

La abuela olvida su nombre
y todos los nombres que la sobreviven.
Ese nombre que heredamos ha perdido su origen
y lastimado recorre la página
buscando un cuerpo donde defenderse.
Mi abuela nunca supo de mi madre
quejándose mientras dormía, esperando recibir
un nombre que pudiera rozarla sin dejar una herida.
Cuando la eme se une a una vocal suena a mi nombre
dijo la hija, pensó la madre, repitió la abuela.
En ese libro todos los libros, en esa eme
la abuela se pierde, en la idea de la letra se va.
Los cuerpos siguen ahí, intactos como al principio.
Los cuerpos, cada uno y cada vez, piensan a la abuela
a la madre y a la hija, y se retiran.
Y yo aquí me abandono

en los escombros de una imagen me agoto.
Me resisto.

(De *El nacimiento de la hebra*)



© Paulina Flores

Juan SANTANDER
(Copiapó, 1984)

Magíster en Literatura por la Universidad de Chile. El año 2010 participó en la reescritura colectiva de *La Araucana*, titulada, *Memoria poética*. Ha publicado en poesía *Allí estás* (2009), *Cuarzo* (2012), *Hijos únicos* (2016) y *La destrucción del mundo interior* (selección de su obra poética, 2016).

Sobre la poesía de Juan Santander

Juan Santander y David Villagrán crearon, hace un par de años, una microeditorial llamada Marea Baja. Sacaron pocos libros, la mayoría eran poemarios de ellos o de algún amigo, en un formato de bolsillo, el tamaño ideal para un libro de poesía. El nombre en sí no fue parte del azar. Con el tiempo se percibe que hay algo de *marea baja* en la poesía de Santander. El agua retrocede y va mostrando los restos de una vida anterior. El poeta pasa por esa playa y recolecta todo tipo de objetos, la mayoría muy distintos unos de otros.

En cierta manera, Santander afinó su oído en un ejercicio nerudiano: reunir en un mismo verso y en un mismo poema, materiales que juntos dan una imagen extravagante, logrando que la suma forme una película transparente. En *Cuarzo*, su segundo libro, se puede ver esa apuesta con más claridad: la búsqueda de una voz que enumera, selecciona y mezcla; una sensibilidad *pop* que recauda imágenes al interior de los hogares, medios de transporte, salas de clases.

La poesía de Santander es a media voz, dice y esconde y cuando dice suena a venganza, a una rivalidad entre las palabras y la experiencia. Su manera de mirar es igualmente la de un recolector que flexiona su cintura, baja hasta la tierra, estudia y alcanza a mirar una parte del mundo que tiene atrás. Muchas veces aquí, se cruza la ciudad y el desierto.

Poemas

La destrucción del mundo interior

Mi colección de lagartijas y flores de montaña, mis libros
[ilustrados.
Todo lo dejé por ti, que me hiciste tener relaciones en el
[pavimento.
Ya no tengo secretos porque tú les dijiste todo sobre mí a
[tus amigas.
Les hablaste de mi diario, de mi odio al sol,
las manías de mis primas y mis ganas de llegar a ser atleta
[o peluquero.

Todo lo dejé: los álbumes de Historia y Medicina,
los disfraces de Batman y Robin que usé de acuerdo al clima
[y mis humores.
Tú, ramplona y hermosa como la vida, me encerraste en
[una pieza oscura,
ungiste mi cuello con esa colonia floral que aún maldigo y
[no comprendo,
destruiste mi imaginación sacándote la blusa al menor
[indicio de calor.

Comida cruda

¿Cómo me di cuenta? Los platos vacíos, la sal y la pimienta
[en la mesa.

Imposible salir del vocabulario privado que construimos
[con ternura y
terminó por destrozarnos.

Compartimos incluso la hinchazón de los ojos en los días
[de trabajo,
la maestría de maquillarse en el metro, la lluvia cayendo
[en los zapatos negros.

Cenas para traer y llevar, planes de vacaciones, silencios
[y peleas
agendadas.

Todavía huimos al Litoral Central en los feriados religiosos.
Así me di cuenta. Por la esperanza puesta en los reproduc-
[tores musicales,
por la triste convivencia con las cosas adquiridas.

Nada que no pueda arreglar un trocito de salmón sobre una
[bola de arroz,
un viaje a las importadoras, un helado de frutilla en el Paseo
[Estado.

Yo fui quien te arrastró a las convenciones, yo estoy obse-
[sionado con ellas.

Imagínate que nuestra historia avanza sin repetirse, como
[los árboles de un
parque.

Tú tienes el corazón más grande y firme que yo, de eso

cuenta. [también me he dado

(De *Allí estas*)

EXISTEN DIFERENTES TIPOS de cuarzo.

El citrino, variedad que homenajea a los artistas del trapecio.

El cuarzo azul es un triste adorno en las casas de los jubilados.

La venturina simula un cuerpo desnudo antes de entrar
[al agua.

El cristal de roca es usado para calmar la ansiedad de los
[animales.

El cuarzo límpido es un hombre acariciando la cabeza de su
[primer hijo.

El cuarzo crepita de vez en cuando, el cuarzo encandila de
[vez en cuando.

ASÍ LAS TÓRTOLAS SUCEDEN a los acróbatas y a los
[artesanos.

Cuando alguien acumula prosa hay un concilio en el entretecho, hay cicuta en los gimnasios y vendimia en los
[baños públicos.

Se contraen los xilófonos, hay un estante que guarda tumores de animal y plataformas donde se seca la carne gris
[de los enamorados.

Desde las ventanas del bus se ven viñas como oxígeno.
Las gaviotas peinan el sudor de los junquillos y los adolescentes atraen las colinas con el olor de sus cartílagos.
El escapulario contrito del verano desconcha las nubes con un garfio de luz para que los bañistas diluyan la espuma que acumulan sus delitos.

Hay serpentinas que discrepan del orgasmo en los salones
[del afecto.

Las vírgenes descampan cuando hay mil libros leídos por
[la parsimonia de los ejes de su cuerpo.

Cálido es el disco que hace girar sus cuellos.

HAY UNA ALERGIA que divide la ciudad en dos.

Hay novelistas que conducen a los niños a
los centros financieros.

Hay hielo en las canchas de fútbol y un
letrero que dice: se vende gravilla.

Hay cañaverales que cambian de forma
cuando alguien menor de treinta años
se detiene frente a ellos.

Hay documentos que regulan el
comportamiento de los ascensoristas
y de las matronas.

Son infelices los que almuerzan de pie y
dichosos aquellos que aún no dejan
atrapadas sus manos en los cántaros
del periodismo.

(De *Cuarzo*)



Enrique WINTER
(Santiago, 1982)

Abogado, magíster en Escritura Creativa por NYU (EE. UU.), narrador y traductor. Se desempeñó como editor de Ediciones del Temple y, en la actualidad, coordina el diplomado de Escritura Creativa de la PUCV (Chile). Ha recibido el Premio Víctor Jara, el Premio Nacional de Poesía y Cuento Joven de Chile, el Premio Nacional Pablo de Rokha y el Premio Goodmorning Menagerie Chapbook-in-Translation (EE. UU.). Ha publicado en poesía *Atar las naves* (2003), *Rascacielos* (traducido como *Skyscrapers*, 2006), *Guía de despacho* (2010) y *Primer movimiento* (2013), *Código civil* (2014), *Lengua de señas* (traducido como *Sign Tongue*, 2015), *De ruidos para construcción y orquesta* (2016) y *Oben das Meer Unten der Himmel* (traducido al alemán, 2016) y en narrativa *Las bolsas de basura* (2015). Ha traducido *Decepciones* de Philip Larkin (con Bruno Cuneo y Cristóbal Joannon, 2013), *Blanco inmóvil* (2014), *Abuso de sustancias* (2014) y *Grandes éxitos* de Charles Bernstein (2014).

Sobre la poesía de Enrique Winter

Apareció la primera vez en la escena poética por el premio Víctor Jara y los poemas de *Atar las Naves*. Pero no fue hasta *Rascacielos* en que unánimemente surgió un poeta con resortes propios, con una manera de hacer arquitectura con la palabra. En sí, en ese libro, Winter ensayó algo que se le haría común en sus otras propuestas: poner el oído en la conversación y diagramar el relato.

Su manejo de la métrica clásica, le ha permitido pasar por una apertura escritural que también juega con el verso libre y, acercarse, mucho antes que otros poetas de su edad, a las tradiciones colindantes. Se puede leer en él a la poesía peruana y mexicana sin mucho esfuerzo. Pero es el paisaje humano el que lo desvive. Sus retratos son posiblemente una excelente imagen de la realidad de un continente hecho de inmigraciones y mestizajes.

Winter ha sido publicado en Estados Unidos de América, México, Argentina y Holanda. Su labor como editor también dejó una huella en la extinta Ediciones del Temple, que en su momento exhibió un importante catálogo contemporáneo. Ahora, desde Valparaíso —la capital poética actual de Chile— se embarca en distintas propuestas que van más allá de la poesía en verso y la página impresa.

Poemas

Arreboles en Quezaltepeque

Llevo el mareo de escolar que espera a su rival del callejón
o del que cuenta con los dedos las décimas de nota que le
[faltan

los mismos dedos que en las sábanas deshechas buscan
[ese cuerpo ido
como si el blanco fueran teclas de un piano que resiste

la ducha helada antes del trabajo
cruzando en camioneta por la arena

donde yacen los muertos del partido
recostados y hermosos en su caos

como el naranjo de la tarde pintado por las fábricas
el morado del pómulo escolar y los pañuelos de la despedida

que se enarbolan cual bandera: ser silla firme y mesa
un comedor de multitienda dándose forma con las manos.

ESTE CASSETTE toca su vida
Luego de cinco órdenes de arresto
mi mamá invita a mi papá a la casa,
se pone linda, le cocina rico.
Con tres borgoñas y solos
mi papá me confiesa lo que eso indica: que lo ha hecho bien,
que las piernas que abre se mantienen abiertas.
Lo dice porque le conté del viernes:
cinco años sin verla y me tomó la mano.
Este cassette toca su vida
vida que rozo apenas
si con el dedo rebobino.
Mi papá y yo seguimos solos.

Polaca

De un pasado dudosamente noble
como todo pasado noble. Modzelewska por padre,
Wyrzykowska por madre. Es huérfana y de quince años,
mil novecientos treinta y nueve:
pide pega en la industria intervenida.
El patrón frisa los cuarenta, arrancan
juntos a Viena por los rusos. Por los celos de Müller cae presa,
acusada a los nazis para casarlo con su hermana.
Son más de tres los meses. La liberan los gringos, camina
[días a Salzburgo
y en la plaza tras una alarma ve correr a su jefe. —¡Papa!, chillá.
Se casan a escondidas para que nunca la bese en la boca.
Doméstica de su cuñado, duerme en la pieza de servicio
tal como en Chile. Donde trajo a Goethe
y un par de pilchas, para hacer del barquito de pesca
uno con capitán y marineros.
Un hijo. Viuda. Gatos. Perros. Pájaros
que huelen como ella o viceversa.
No está ni ahí con ver a sus nietos, le reclama mi padre.
Toco el timbre y no suena, grito y no responde,
seis perros gordos y furiosos ladran sobre la reja.

(De *Rascacielos*)

Agüero 0095

Fernando Agüero Catrilef olvida el nombre de una de sus
[hijas.

Pescador de setenta y cinco años, recuerda la ballenera
donde hay restos de piedra pulida y ladrillo.

Apunta adonde jaló los huinches, su caldera a vapor
la casa decente para la oficina de pagos: diez a quince
[personas

dos aguas con lindo corredor de cemento y guardabalanza
para recostarse, tres piezas, tres baños. Recuerda
los conventillos: dos aguas, tres o cuatro piezas, las letrinas
sobre el mar. Queda la guía del desagüe.

Ve escaleras de madera hacia el jefe, donde hay hierba y arena.

Veinticinco familias crían gallinas, donde hay playa blanca.

Un par de edificios, carretas y camiones leñeros, donde hay
montes. Cien personas en el muelle, donde hay un par y sin
muelle. Tres embarcaciones de seis a ocho metros de eslora
con seis a ocho de calado y quince de manga, donde hay mar.
Hay mar sobre el nombre de una de sus hijas.

Arquitectura 0096

Esto

la caja de zapatos donde vivo

la caja de zapatos donde vive mi padre.

Dos zapatos izquierdos.

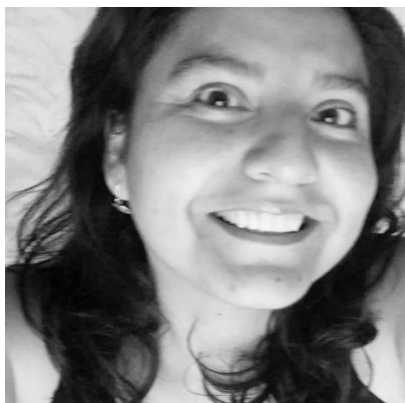
—Cuando chica quería ser artista, veterinaria o astronauta.

—Yo arquitecto (me mira y no me cree).

Mi papá me llevó a la construcción algunos sábados. A

[mí me
encantaba. Una vez le pregunté en qué consistía su trabajo.
Me dijo que el arquitecto (primera vez que oía esa palabra y
me sonó importante de inmediato, como archiduque)
imaginaba el edificio y que la pega de él consistía en que
simplemente no se cayera. Un trabajo que sólo imaginaba
lugares me pareció extraordinario. No así la opaca labor del
padre. Los lugares imaginados se le comunicaban con dibujos.
Y a eso dediqué mi infancia, a dibujarle rascacielos y chozas.
La pega de mi papá consiste en que no se caigan.

(De *Guía de despacho*)



© Yeny Díaz Wentén

Yeny DÍAZ WENTÉN
(Los Ángeles, 1983)

Profesora general básica egresada de la Universidad de Concepción sede Los Ángeles (Chile). En 2016 fue invitada al encuentro Tres Poetas en Francia, junto a los poetas Juan Cristóbal Romero y Andrés Morales. Participó en el taller de la Fundación Pablo Neruda, en Temuco, dirigido por Clemente Riedemann. Ha publicado los libros *Exhumaciones* (2010) y *Animitas* (2015).

Sobre la poesía de Yeny Díaz Wentén

Como en el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, la poesía de Díaz Wentén está llena de fantasmas. Y en un mismo ambiente rural, hace surgir una vida anterior a la ciudad y su inmanencia. Aquí los muertos son parte del paisaje físico y mental y habitan la tierra en una especie de purgatorio, en donde giran alrededor de una tierra que conocen y en la cual no encuentran descanso.

Díaz Wentén, al igual que la nueva trova chilena, recurre a una tradición que se remonta a la canción popular, a la métrica de Violeta Parra y al folklore del campo. Tampoco es ajena a la fuente mapuche, de la que se hace cargo en este cruce entre lo indígena, la raíz cristiana y el pensamiento animista.

No es menor que Yeny haya publicado en la misma editorial que Rafael Rubio, heredero de una veta zuritiana y mistraliana. Ella sigue por esos mismos derroteros para hacer sonar al poema como un encantamiento y así acercar a los espíritus que habitan a la vereda de los caminos.

Poemas

CLORINDA CARIDAD Sepúlveda Painemilla, 42 años,
asaltada y apuñalada en el camino
por dos vecinos del sector, su monedero
tenía un billete de 500 pesos
y una medallita de San Antonio.
Abraza a su marido, él pasa indiferente y triste,
ella no entiende.

Todos los días agarraba el aire
de las cosas lindas que yo vi'a
y lo esperaba, nunca tuvimos hijo,
yo era su niña el cristal del huerto
el vientecito de su boca me decía.

*Oh brazos piernas
mis ojos
sólo mis ojos pueden
llegar tan lejos.*

CLARISA DELFA Llancamil Llancamil, 14 años,
violada por padrastro.

Ahora su madre vive sola y le escribe cartas,
pero nunca nunca visita la orilla.

Salí al camino con mucho miedo,
sólo sentí un silbido en mi cabeza.
Me siento desamparada.

*Mama Llancamil me parió entre las rocas del río, quiso tirar-
me a las aguas y las aguas cantaron los hijos somos del cielo
y de nuestro señor padre de todo, mama Llancamil tuvo mie-
do y partió conmigo dentro de un canasto pa' regalarme como
un perro.*

Juana Niña

Yo sentí mi cabeza partirse cuculí
y miré pa'l norte
por el sur a golpes y balazos
me rompieron el cráneo de mi infancia cuculí.
La rendija se colocó en mi ojo
y mi ojo tan morado como el pelo
de mi hermana cuculí
volar pajarito cantor yo quería
y yo vide venir la vida perdía
de mi padre tan moreno cuculí.
Y la tarde roja roja mi cantora
que de un crujido borrarón mi memoria,
que de carreta y poncho dejó una huella.
Ay cuculí mi cantora
dulce pajarito del sol
cuculí mi palomita empolvada
palomita del cielo tierra amarilla y albor
pajarito cantar sola
cuculí cantor que pena
prendido el trino en la roca no brota agua
sólo viento con el sino
todos se han ido con mi voz.
Ay palomita Juana Niña canción
mi palomita quién
ha mancillado tu corazón.

(De *Exhumaciones*)

VIOLETA DEL CARMEN Parra Sandoval, 50 años,
la encontraron herida de bala en la sien, dentro
de carpa pobre en la calle Serrano.

Se dice que venía del sur y que era hija
de una campesina y de un profesor de
música lleno de vicios. Tuvo hijos, marido
y amor, pero vagaba guardando música
y que nunca nunca su corazón se sintió
querido. De sus hijos se cuenta
que aburridos de andar con su madre
deseaban partir lejos de ella.

“La sonrisa es para los contentos”
decía una vieja por ahí
no tengo risa,
solo tristeza y guitarra poseo,
que Dios no cante
versos de conmiseración,
que sola nací
y sola me vengo.

*Los nombres de las flores se llevan triste, Violeta,
y la única música que esperamos es la del negro tambor,
retumba, retumban nuestros pobres corazones,
venga a cantar un canto al iracundo Señor.*

MINERVO NATALIO Godoy Ruiz, 41 años,
decapitado y castrado en la calle Libertador
a dos cuadras de la escuela. De Minervo se conocía
poco, pero murmuraban
que esperaba cariñoso todas
las noches al maestro Evelio a las afueras
del pueblo. Dicen también que la
esposa, engañada, se encargó de Minervo Godoy.

¡Es una cuerva, le dije
con esos ojos brillantes
y oscuros de rabia resoplaba en mi cara!
y la vi venir,
¡la vi venir!
y no era mi amor,
venía otro, venía otro ¡y me amarraron!
El amor amargo me llevó, Evelio,
mi amor por ti.

*No sé cómo entraremos al cielo, Minervo,
ni qué llanto nos pondrá a Dios en el suelo,
no sé... me quedo calladita.*

(De Animitas)



© Natalia Figueroa

Natalia FIGUEROA
(La Serena, 1983)

Licenciada, magíster y doctora en Literatura por la Universidad de Chile. Es directora de la revista sobre Literatura y Política 2010. Ha ganado el premio a la Mejor obra publicada en poesía del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (2015) por su poemario *Una mujer sola siempre llama la atención en un pueblo* (2016)

Sobre la poesía de Natalia Figueroa

Por muchos años, los poemas de Natalia Figueroa permanecieron en un estado de circulación limitado. Una de sus primeras apariciones fue en la extinta *Cyber Humanitatis*, dirigida por el poeta Javier Bello. La escuché y me asombró, en un cónclave que reunían Andrés Florit y Juan Pablo González, en una oficina del centro de Santiago, donde un par de invitados se juntaba a escuchar y comentar poemas, en una especie de resurrección del también desaparecido taller Santa Rosa 57: ahí el verso de Figueroa resaltaba.

Su libro *Una mujer sola...* es un ejemplo de una obra redonda, sutil, cruel, narrativa, sintética, con restos de una flora y fauna que fascinan. Se nota la influencia de la poesía neohelénica (que en Chile tiene un lugar importante) y de Yannis Ritsos, a quien tradujo con notable maestría para la editorial Cuadro de Tiza. Personalmente, no hizo que la selección para este trabajo fuera fácil.

Como dijo Andrés Florit: “Este es un primer libro que no tiene ingenuidad”. A mí me sugiere esa imagen del caracol —que continuamente retoma— y que al perder su caparazón deja una estructura compleja en tierra, llena de vericuetos y que define al cuerpo que una vez lo habitó. Uno recoge esas formas y las observa, intenta seguir su camino y se pierde en ellas como si quisiera entrar a esos mundos en miniatura.

Poemas

Symi

Volvía por un largo ascenso rural
pavimento trizado, un auto cada tanto
el sonido de una grúa.

Al costado del camino un árbol
empujado hacia delante y atrás.
Su tronco, una columna dórica.

Era una grúa pequeña
el conductor no me vio.

Del otro lado de los alambres
un carnero masticando pasto
dejaba oír su campana al inclinarse.
Atado a una cuerda.
Su enfurecido amo
quizás le dio una lección.
Por algo lo apartaron:
tendría que aprender a comportarse.

Tal vez se negó a seguir el sendero
se expuso a un riesgo
o simplemente se levantó ese día
sin ganas de seguir al ganado.
Lo cierto es que hubo un pastor lleno de ira
un lazo, un cordero sometido.

Era abril y hacía calor.
El conductor se quitó el sudor con una toalla.
Yo comenzaba a sentir tristeza
por el momento cada vez más próximo
en que el tronco cedería al empuje de la grúa
y sería materia sola
interrumpido el ciclo del agua en su savia
sin comunicar ya la luz del cielo
con lo oscuro.

Como si se quebrara una columna vertebral.

Seguí cerro arriba
esperé largo tiempo el bus.
Una mujer sola siempre llama la atención
en un pueblo.
Pero no reparé en las miradas
Seguía junto a ese carnero
que al menos estaba de verdad atado
aunque también sobre esa grúa
mis manos eran fuertes y seguras
al manejar la pala que empujó finalmente el tronco al costado
donde también yo caía.

Tal vez fue convertido en leña

Habrán ampliado el camino
y tapado los restos con cemento.
Si pasara de nuevo por ahí
no sabría que camino sobre un árbol cortado.

Camarines

A mamá no le gustaba
que entrara a los camarines del gimnasio:
mujeres grandes andan desnudas
tú eres pequeña.

Siempre tuve curiosidad
pero al entrar me sentí incómoda:
hermosas mujeres reían.
Intentando no mirar
deseaba desplante,
dejar mi toalla caer
descubrir mis pechos
comentar insignificancias.
Mirar cuerpos firmes resplandecer contra azulejos
figuras de senos caídos
y grasa abultada.
Y las duchas, ay, las duchas
cuando ciertas mujeres
restregaban la esponja o el jabón
o peor aún sus manos
contra sus partes íntimas.

Me paralizaba.

Volvía a casa
repitiéndome la imagen de sus manos
subir y bajar

por esas vaginas

llenas de vello.

Hacían esto con tal naturalidad

que sentía ganas de acercarme

y lavarles cuidadosamente

todos los males del mundo.

Venecia

No te gusta Venecia, eso es nuevo para mí.
A las calles entra el agua y es difícil cruzar
respondes sin interés. La tierra firme es lo tuyo.
Estamos en una pausa e imagino
tomarte y cruzar aunque caigas
por una escalera, ver cómo te afirmas.
Entrar como el *acqua alta* y aislarte en una banca
hasta bajar. Hundir tu ciudad, un poco.

Legado

Mi bisabuelo sembró en su hija
el temor de despertar desolada
y la eterna nostalgia por Génova
cultivada por él y su familia
antes de que lo enviaran al frente.

No le contó
que aprendió a mirar los muertos
como un paisaje a medida que la sangre
se acumulaba en porciones.
De los gases convertidos en espuma
escapando por narices, bocas, anos.
Que espantó moscas azules
peleando el sitio justo para dejar sus huevos
en los cadáveres.
De la piel desprendida y el pelo.

Le habló de campos de olivos;
no de la vegetación muerta
que rodea a los cuerpos
incremento de carbono y fósforo.

Contó la historia como un cuento
para ir a dormir
así me la contó ella:
mi padre fue atrapado en el frente

*escapó con un amigo
sobre el techo de un vagón
durmieron y cuando mi padre despertó
su amigo ya no estaba.
Cayó del tren, murió.*

Ni siquiera se le ocurrió pensar
que a su amigo no le gustaban las despedidas.

Nano

Lo tuve, y se me murió. Jugué con él: rodó tres veces por el suelo. Debo hacer algo antes de que los carroñeros lleguen. No lo tomé en cuenta cuando al tocarlo en sueños me dijo: “déjame tranquilo”. Y por mí se trizó su concha hasta que fue inútil sellarse, ya que el calor entraba por la abertura y además, al mover la planta le di el toque de gracia contra una piedra en la que se quedó de lado, sin fuerzas ya para cargarse. Antes disfruté al contar cómo descubrí las costumbres de los caracoles, la manera que tienen de investigar objetos nuevos, sus largos coitos penetrando y dejándose penetrar hasta lanzar y recibir la flecha espiral de calcio.

Su cadáver está sobre mi velador.

Esto es lo que le hice a Nano.

Y tú quieres que me quede contigo.

*(De Una mujer sola siempre llama la
atención en un pueblo)*



© Rodrigo Arroyo

Rodrigo ARROYO
(Curicó, 1981)

Licenciado en Artes visuales y editor de Ediciones Inubicalistas. Actualmente reside en Valparaíso. Ha publicado en poesía *Chilean poetry* (2008), *Vuelo* (2009) *Mausoleo* (2012) e *Incomunicaciones* (2013).

Sobre la poesía de Rodrigo Arroyo

“La obsesión política recorre como un fantasma a la nueva poesía chilena”, aseguraba Carlos Henrickson en la entrada de su reseña al primer libro de Arroyo, *Chilean Poetry*. En ese mismo texto, el poeta y crítico, aseguraba que este poemario se sostenía en tres pilares fundamentales: el discurso metapoético, la ironía y la “constante escenificación de un momento experiencial complejo y traumático de infancia”. Desde ahí y como una obsesión — poco común en la poesía chilena— Rodrigo articuló un proyecto poético en base a una trilogía que ahonda en los discursos diseminados de la historia, la visión reflexiva de la imagen y la historia personal como papeles que testifican la destrucción de Chile mediante el uso de la violencia.

Violencia a todo nivel, física, simbólica, nominal e incluso introyectada al mundo familiar. Creo que por momentos, Rodrigo Arroyo, creó el guion sobre el que se sustenta gran parte de la nueva poesía chilena, es decir, un panorama mental desde el que se puede llegar a hablar de residuos ideológicos, pérdida completa de la memoria, salvataje de las imágenes comunes. Todo esto se recrea de manera laberíntica, como si el poeta, en su gesto también nos preguntara: ¿cómo salimos de una vez y para siempre de este estado de reducción vital?

Chilean Poetry, *Vuelo* e *Incomunicaciones* son distintas panorámicas de un mismo tono y una misma cuestión: una historia personal y una historia personal de la poesía y la imagen que ponen en tensión el edificio con el que se construyeron las bases de una comunidad interrumpida.

Poemas

LA FAMILIA SENTADA en la puerta exterior del laberinto
[oye los disparos,
los aviones, los tanques.
Cierran las puertas, las ventanas, los ojos, los libros;
no dicen detenido, no dicen desaparecido.

El piano sigue en el salón, con una calcomanía simulando
[las teclas negras;
las teclas blancas son simuladas por el exceso de luz en
[el lugar.
En la ventana una piedra rasga el vidrio, la transparencia.
Los contemporáneos tocan las teclas negras, las calcomanías,
nosotros tenemos un agujero en los dedos, en la tráquea;
[solo hacemos ruidos
internos. El piano, en la sala, simulando. Interpretando en
[silencio crepúsculos.

La familia lee los cambios en el aire, los colores, los desvíos,
el aire dislocándose cuando lo empujamos al caminar.
El estruendo molesta en el oído,

en el silencio.

NOS EDUCARON bajo el tótem,
cerraron la ventana, el espejo
y el cuarto vacío donde se podía llorar solo.

Agujeros, números, sonidos. Carne, color carne, occipital,
piedras pómez, columnas limpias, los jardines.
No dicen nada de mi antena, de las rayas en la cara
o de la luz que se cuela entre las sombras.
Nos obligaban a padecer dolores, a mirar al rostro,
a decir Alejandría,
 hórrido amor
 hegemónico aerolito hidalgo bullicio
 pleamar.

Acostumbrábamos a dibujar puntos pequeños antes de
 [encallar
o dejar el archipiélago.
Nos educaba un policía
martillando metacarpos parietales

sin martillo.

(De *Chilean Poetry*)

LOS ÚLTIMOS AÑOS de un boxeador transitan entre el
[dolor de los golpes
recibidos y los golpes que, arrojados, imitaban a los aviones
[que arrojaban
cuerpos al mar.

En sus últimos años él sabe que debe comunicarse, sabe
[que aquello es un
lenguaje muy distinto a todo lo que conoció en el cuadrilátero.
Debe olvidar así, que las cuerdas que cierran el cuadrilátero
[se tornan
irregulares al recibir los cuerpos, pero guardan en su anomalía
[el dolor del
cuerpo derribado, guardan también un golpe ausente y
[presente
dibujado en el aire,
una caída por venir.

Nos sentamos en la orilla de un viejo boxeador recordando
[el extravío,
o aquellos vaivenes que entran y salen de nosotros, como
[cuerpos en el mar;
Un barco con cuerpos entrando en altamar es la violación
[de una metáfora,
algo así como rocas encallando en un barco
o la ficción de un golpe en una noche que no acaba.
Pájaros movidos por el viento aparecen como tatuajes del
[cielo al momento
de colgar los guantes. Así, no es necesario hablar, así, el
[silencio se guarda a sí

mismo como gesto de ausencia.

-El humo es una reescritura del silencio-

En los últimos años de un boxeador las caídas son
una alegoría de la derrota que lleva a cuestras, persiste, más
[que nada
por abandono y ficción.

Un día, tras salir del marco de su casa, un viejo boxeador
[olvida avisarnos de
su muerte, se pierde con el hambre de los golpes y el recuerdo
de sus amigos muertos, mirando la frontera.

Te miró y lo único que hiciste fue dejarlo seguir en la pelea,
[callabas,

y él imaginaba que el silencio le decía aquello que deseaba
[escuchar;

el tiempo que pasó recibiendo golpes lo alejaba más de su
[cuerpo,

hasta que el río un día tuvo otro significado dentro de sus
[aguas.

Su vida fuera del cuadrilátero era un camino cercado de
[pasajes

que remitían a un centro lleno de grafitis. Recordaba a
[Mordo Nahum

diciendo: *Siempre estamos en guerra*, y seguía perdido mirando
[las cuerdas del

cuadrilátero, ondeándose como olas de un mar que chocan
con el puerto que le contiene. Ensuciaba las ventanas para

[no caer en la red
secreta de una transparencia vulnerada.

Este boxeador exiliado recibe los golpes escondido de las olas

porque entre la pose que debe mantener y la pose que debe
[derribar

se ha interpuesto lo desconocido,

¿Sabes cuál es la posición de tu voz ahora que no llueve?

Vamos, oxidémonos juntos, caigamos en línea recta hacia

[la lona

como si fuésemos sólo un viejo boxeador habitado por in-

[cógnitas

un peleador que se excede al eludir, al mover los pies.

¿Entiendes ahora que no se trata sólo de golpes en la cara?

Una pelea es algo solitario, es pura ausencia;

un vuelo en cambio no es sino una suma de transparencias

[saliendo de tus

ojos, tachaduras a una voz que se calla a si misma por no

[saber

cuál es su lugar en la memoria.

Vamos, guárdame en el aire,

sabemos que hay espacio ahí.

Sabemos que sólo un viejo boxeador tiene derecho a la

[violencia,

a decirte adiós sin palabras,

moviendo su guante como testimonio,

como línea invisible guardada en el viento;

el sacrificio estrecha su horizonte, estira la entrega de su

[muerte.

No llegó a la revolución ni a sus recuerdos, no tomó jamás

[un libro

y las heridas que veíamos a través de la televisión eran en

[blanco y negro

igual a los árboles que interrumpían el trayecto de las bombas

que iluminaban esas noches

Odiabas a quién decidía callar por no tener qué decir
¿Y si te mirase nada más, desde el color sucio del silencio?

LLORARÁS,
romperás la esquina de mis ojos
cuando descubras el dibujo oculto tras la puerta.
Llorarás cuando la casa que habitamos deje caer sus cimientos,
las nubes entren por debajo de la puerta y la llovizna cubra
[las habitaciones;
te veré venir desde la cocina trayendo en tus ojos el olvido
[incierto del adiós,
el paladar húmedo será un pozo de palabras cubriéndose
[de cierto negro,
de cierto olvido;
tu boca será un archivo cercado por la tristeza,
palabras amordazadas que perderán de a poco sus recuerdos
y serán luego pura imagen
un tiempo al menos, para caer luego fuera de los dominios
[de tu voz.
Llorarás y no podré esquivar los golpes al oír el recorrido
[de tus lágrimas
caeré al espejo que toda lona,
todo cuadrilátero mantiene oculto en su interior.
Al otro lado de la lona no hay viento ni llovizna,
una brisa de tierra suelta nada más
un jardín lleno de hojas secas, de los libros que leímos
[tantas veces,
de los muros que tantas veces cayeron encima de nosotros
tardíamente; como las frutas maduras que nos pasábamos
[de voz en voz
para ver si en ellas guardábamos algo de la humedad que
[originó este vuelo

para ver si en las semillas que arrojábamos al plato quedaba
[algo por recordar.

Dime una vez que llores si recordarás la mano que guardaba
[tu olor,
tu sonido; o las palabras que encerrabas para entregármelas
en un temblor interminable;
llorarás, y no habrá literatura para ello;
esperarás que la voz sea eso que no puede ser,

y con lágrimas verás que no habrá mano para recoger tu voz
al momento del caer.

(De *Vuelo*)

HAY TANTO Y TAN poco por decir cuando pasas el dedo
[por una pintura,
que poco a poco olvido los gestos de una voz
que amenaza con caer.

Los ojos se pierden,
ocasionan un silencio
y no hay mirada.

Es seguro que ocurra lo de siempre, la pintura secándose
[de afuera hacia adentro
imposibilidad en la reproducción
ausencia de pájaros en el bosque
finales rodeados de aceite,
sequía. Lo de siempre, no lo sé.
El ruido de un caballo tirando una carreta aparece en el video
y lo escuchamos para completar el ejercicio,
para darle sentido a las imágenes:

entregar un regalo como quien entrega su melancolía;
o estar tan lejos que volver a casa sea quedarse callado,
buscando un lugar que no aparece sino en la búsqueda.

Quando pasas el dedo por una pintura te sientes desplazada
a través del espacio de una película
te sientes llena de lenguaje quizá.

Ves,
somos ficción,

[140]

pétalos cayendo en forma circular;
dialéctica de las imágenes te gustaría decir, movimiento
quebraduras [de pinos,
palabras siempre en función de la caída.

(De *Incomunicaciones*)



© Luis Hernández

Antonio RIOSECO
(Los Ángeles, 1980)

Profesor de Historia por la PUCV (Chile) y magíster en Literatura por la Universidad de Chile. Obtuvo la beca de creación literaria del Fondo del Libro (2016), categoría cuentos infantiles. En la actualidad se desempeña como docente en la Universidad de Playa Ancha (Chile), así como a la fotografía. Ha publicado los poemarios *La derrota del paisaje* (2009) y *Norte/Sur* (2014), así como las antologías *Carta de ajuste: poetas inéditos en Valparaíso* (en coautoría con Juan Eduardo Díaz, 2007) y *El atardecer de los ciruelos* (junto a Guido Arroyo, 2010).

Sobre la poesía de Antonio Rioseco

Pocos terminan un poema como si fuera un gol de media cancha, hay que entrenarse para dar esos golpes al lector. Rioseco tiene esa facilidad, o más bien esa técnica, que permite conducirnos lentamente desde la experiencia a lo más general para involucrarnos directamente con el poema. Sus traducciones de Raymond Carver y sus lecturas de Fabián Casas pueden advertirse como formativas y, al mismo tiempo, como una manera de acercarse a una escuela de la poesía que prefiere lo visceral.

Para esto Rioseco necesita de elementos cotidianos: ferreterías, bares, buses, vulcanizaciones, una esquina, un disco de jazz o de buen rock & roll, una pizca de Rilke. El sujeto habla acá como si descansara luego de una ardua jornada y, desde una ventana, pudiera apuntar a un ciudadano que pasa o detener una frase dicha al pasar, para desde ahí elaborar una poesía cívica y reflexiva.

Se recomienda entonces tener el ánimo de pasar de John Coltrane a una instantánea familiar, o de subirse a un microbús en medio de la Sierra y el desierto, recordar un par de amores furtivos, tener una parada a lo Tom Waits en medio de un café sabiendo que, en realidad, lo que uno espera es más un vaso de vino que una pasta de semillas colombianas.

Poemas

La ciudad deshabitada

Es la disposición de los árboles
lo que no deja ver el bosque,
dijiste mientras conducías
completamente ebrio.

Habíamos descubierto los muros bajo el suelo
y, en penumbras, marchábamos
a una ciudad que no estuviese olvidada.

Pero hay secretos mal guardados
que siempre acechan al habitante.
Hay ataúdes que siguen intactos bajo tierra.
Hay un ciudadanía oculta que corroe desde abajo.
Hay fríos que congelan la plenitud de la vida.
Hay un compromiso tácito con el dolor.
Una traición que se revela de a poco.
Una silueta que no reconocemos.
Una calle extraviada en la memoria.

Un apego a lo caído.

Mi madre

Una mujer que tuvo cinco hijos
no tiene nada que temer
y aunque se veía pequeña
entrando al control de la policía civil
supo volar hasta Francia y volver
para contar no muchas cosas
porque cuando se vuelve de Europa
sólo basta decir que había mal olor
y con lo que se paga por un cigarrillo
vale la pena dejar de fumar.

Artes y oficios

El pequeño motor en ralentí
la latencia compleja
en el oficio, inexplicable
se trabaja, abandona,
se da por sentado

o de pie
escribo

a veces pensando
en que debo mejorar mi letra
en lograr una lectura de corrido
o en la mecánica del poema
que tiñe de azul los overoles.

(De *La derrota del paisaje*)

XIV

Para salir de Chile hay un paso y lo dudas. Abandonar la caricatura que hemos armado hace retroceder. Pero sigues. Subes tu bolso y te instalas bajo cubierta. Entiendes el temor al frío, a abrir la puerta y quedar muerto. La nave avanza y la orilla se pierde para siempre.

V

El encierro paraliza tu mente y, por un momento, te vas a la habitación de la estudiante de provincia con la que te acostabas en Valparaíso. La cama sin hacer, la foto del hijo afirmada sobre unos libros, una vela encendida. La humedad y el invierno siguen impregnados a ese recuerdo.

*Bad news, bad news
come to me where I sleep
turn, turn, turn again.*

Reclinas el respaldo y pierdes por un rato el conocimiento. Ya ha sido suficiente. La vida sigue por autopistas concesionadas.

(De Norte / Sur)



Catalina ESPINOZA
(Santiago, 1987)

Licenciada en Literatura Hispánica y Chilena por la PUCV (Chile) y magister en Literatura Latinoamericana y Chilena por la Universidad de Santiago de Chile. Actualmente da clases de Lengua y Literatura en la periferia de Santiago de Chile. Fue becaria de la Fundación Pablo Neruda en dos ocasiones en 2009 y 2012. Parte de su obra en poesía ha sido publicada en la *Antología 10 años de poesía en Balmaceda* (2009), *Entrada en Materia: 17 poetas jóvenes chilenos* (2014) de Ismael Gavilán, *Niñas con Palillos* (2014) y *Parias, Poetas y Borrachos* (2016) de Patricio Contreras.

Sobre la poesía de Catalina Espinoza

Es difícil encontrar los trabajos de esta poeta y probablemente es como si quisiera mantenerse oculta, “resguardar este canto sobre ollas hirviendo”. Su descubrimiento lo debo a la antología de Ismael Gavilán *Entrada a la materia*, en donde aparecen algunos de los poemas que aquí fueron seleccionados. Lo primero que me impresionó al leerla fue la soltura con la que se mueve en el ambiente cotidiano que describe: la casa, el puerto, el cerro, los vecinos, la cocina, la ropa.

A partir de esos elementos, Espinoza genera un increíble retrato de la vida interior chilena y de cómo se desarrolla un espacio cívico entre mujeres. Lo que dicen estas voces arma un mundo en medio de un sentimiento de derrota (“No nos ponemos de acuerdo / somos dos acribilladas en la misma cocina”), que cuestiona las nociones de “labores de género” o incluso de transformación social.

En ella se descubren herencias de la poesía de los años '80, de Elvira Hernández o Raúl Zurita y que la entroncan con otras poetas contemporáneas y coterráneas como Gladys González, Florencia Smiths o Priscila Cajales.

Es la única poeta inédita incluida en esta muestra.

Poemas

Lunes

¿Ha querido usted lanzarse a los autos?
Extrañamente se siente eso
cuando se mira por este pedazo de ventana
hacia el pasaje que nos tocó.
Este que no colinda
con ninguna avenida principal
y una va pensando en el vacío.

Ya no se siente nada en esta calle
ni luminarias quedan.
Alguna vez fuimos de las madres
que hacen el aseo por la noche
pero de nada sirve andar limpiando vidrios
llenos de sangre tras las fiestas.

Hemos sido tendidas en tendedero ajeno
y por no amamantarlos como es debido
mordisqueadas por los perros de la calle
por eso nos han salido niñas
enfermas entre las caderas.

Me resuena esta mano que me falta
en el cuerpo que me sobra
y así no se puede seguir barriendo la casa.

Guardo los platos servidos
dentro de cajones con ropa

para que por todas las partes
se metan a comerme, pero
ni hormigas ni gusanos se arriesgan
a este cuerpo muerto por el tedio.

He sido regada por la tierra:
enterrada entre piedras
y en peladeros anónimos
donde las vecinas crían a sus hijas
armé mi animita padeciendo
el dolor de las moscas.

Entonces
no me venga a decir
que nunca ha querido lanzarse a los autos
que yo la he visto a usted
regar sus plantas muertas
lavar sus platos rotos
acariciar a sus hijas enfermas
sentarse en el paradero
solita solita
sin nada que esperar.

Martes

Dice que barra desde afuera hacia dentro
para que vuelva como vuelve la mala suerte
acumulando tierra bajo los pies.

Prefiero dispersar el polvo por la casa
moverme al son de la música ennegrecida
resguardar este canto sobre ollas hirviendo.

Me explica que al piso de madera
también se le saca brillo:
pasas tanto el trapo que puedes sentir
la transpiración salir
del espacio entre la nariz y la boca.
Intento dejar todo bien limpio
pues sufrimos, pero nos sobra cloro
y con eso alcanza para toda la semana.

No nos ponemos de acuerdo
somos dos acribilladas en la misma cocina.
Sus manos llenas de hendiduras
predicen mi futuro, entonces ella debiese
ser una carta del tarot
pero sólo sabe de encierro, gas y parafina.

Dice, que somos dueñas de esta casa
y parece su lengua condenada a la sentencia,

[158]

mientras tanto remojo
más que mi cuerpo en agua con sal.

Sábado

Nunca tuvimos cuerda para colgar la ropa
pero el de aquí hasta allá del patio
permitió que nos extendiéramos
sobre el vacío de los maceteros
estirando los brazos y las piernas
después del lavado.

Secarnos bajo el sol junto a los paños de cocina
era buen ejercicio matutino
y de vez en cuando estilábamos por la casa
al ritmo de disparos o bengalas
derrumbando el silencio del pasaje.

Nuestra calle era nuestro precipicio
un canal adherido a la cicatriz
hedionda de la infancia:
Cinco de Abril hasta el hartazgo
de monumentos y fantasmas.
Nunca tuvimos cuerda para colgar la ropa
ni ropa para ser colgada.

Mirar la lavadora y meter la mano
como quien pierde con el agua:
todo o nadar
y preferimos nadar
cambiando el curso de la calle.

El agua sucia inundando las esquinas
mientras sonaba música de fondo:
la sinfonía sabática
con olor a detergente y a desuso
el breve encanto de la balada
arrullando este desastre.

Domingo

Soy ahora la virgen trizada, la inmaculada rota
una reina hecha carne capaz de verse milagrosa
desde donde se mire.

Soy la llorona del pasaje
mi llanto fue lanzado como cadena
a los cables de electricidad
para iluminarlas en dolor.

Soy ahora la rompida,
una virgen destrozada de cuerpo entero.
Soy la rompida, aunque no exista estar rompida
Soy la madrecita.

Vengan a mí, dueñas del pasaje
salgan a verme meada por los perros
duélanse conmigo en este arrullo de niña.

(De *Dueña de casa*)

XIII

Fuese el padre único animal doméstico
la hija sería taxidermista:
el devenir de la pérdida, la permanencia.

La tullidura no hace más que confundir
y el padre, que es ahora niña
se avergüenza de su ortopedia:
es que este caminar es mero espectáculo,
le dice con el ojo inmóvil.

La niña, que nunca ha dejado de ser padre
en tanto el recuerdo se lo permita
tuerce la cicatriz inicial. La hora avanza
el susurro de un partido de fútbol así lo indica.

La familia licenciosa
aguanta siempre la tristeza.

(De *Taxidermia*)



© Ivonne Coñuecar

Ivonne COÑUECAR
(Coyhaique, 1980)

Periodista licenciada en Comunicación social y magíster en Literatura Hispanoamericana Contemporánea. A través del fondo Conarte de la Corporación Cultural Municipal de Valdivia, publicó *Catabática* (2008) y *Adiabática* (2009), incluidas en *Patriagonia*. Actualmente reside en Rosario, Argentina. Ha obtenido la Beca del taller de la Fundación Neruda, la Beca de Creación Literaria del Fondo del Libro para escritores emergentes (2008, 2009 y 2013) y la Beca de Creación Literaria para finalizar la novela *Coyhaiqueer*. Ha publicado en poesía *Patriagonia* (2014), *Chagas* (2010) y *Trasandina* (2017).

Sobre la poesía de Ivonne Coñuecar

Su Patagonia no es meramente el paisaje, la imagen turística, sino un punto al fin del mundo desde donde pensar una serie de luchas personales, ideológicas, territoriales y, ante todo, identitarias. En una olla enorme se cuecen todos estos materiales, en un tono aguerrido y golpeado, hasta su ebullición: entiende, como nuestros grandes vates del Yo, que una escritura sumamente personal, es también la escritura de un capítulo en la historia de un país (en este caso, de un territorio emocional que va más allá del límite geopolítico).

Ya en su primer libro, *Chagas*, enfrenta a contrapelo los discursos de una generación —la de los setenta— y los resultados del fracaso del proyecto socialista, que es también el fracaso de un proyecto familiar y continental. La voz continuamente interpela y, no por eso, deja de manar desde su propia herida: el cuerpo dañado, el territorio confiscado, las ideas secuestradas, la sexualidad normalizada, los orígenes humanos y naturales acorralados por una política de extracción y librecambio de valores.

Es interesante que su voz, a través de su trilogía *Patriagonia*, alcance una madurez fuera de lo que una academia podría categorizar —de manera muy mediocre— como una poesía planteada únicamente desde el problema del género o del cuerpo. En este grito me parece que alcanza todo, de informes a recuerdos de la infancia, de rescritura de canciones a las historias de los amigos del barrio. Todos están ahí, en esa patria: una olla a punto de explotar.

Poemas

VII

si no te revisas puede ser grave
eres joven
sabemos tu situación
la cardiopatía chagásica bien tú sabes
cada latido
hemos hecho esfuerzos
no hemos podido devolverle el corazón a tu madre

podrías reventar
el antecedente es chile central o norte
allá por mil novecientos sesenta y algo
pensamos que estaba erradicada
no tu madre
a ella te la erradicaremos
ella dice que jugaba
ella dice que juega

no sabemos quitarle el corazón a quien carece

X

culpó a la vinchuca de secuestro *express*
de llevar a su esposa
por calles latinoamericanas
ella es una buena mujer
dijo
con recuerdos de suburbios poblacionales
colas de la UP
desfiles de modas
no tuvo culpa de caer en la vida rural postgolpe

la vinchuca deshabitó su casa
la dejó en medio de la carretera
la quiso matar
dejó a su padre en el hospital
fue la madrastra de los cuentos de hadas
lloró y rió a los pies de la cama de sus hijos golpeados

luego hacía llamadas
enseñó el insomnio y las histerias
el maquillaje de las señoritas en busca de maridos
su miedo de crecer mirándose al espejo

ella siempre vuelve por un poco más de dinero
decía
es el nombre de tu madre
jamás marchó por el feminismo
y cuando regrese

le darás el regalo que escogí
para que crea que la quieres
te acostarás con ella
aunque huela a abandono
la besarás
aunque te diga que saques tus sucias manos
que te cambies esa ropa asquerosa
y harás caso a todo lo que diga porque es tu madre
es tu madre
es tu madre

(De *Chagas*)

CEDEN LOS LUGARES / mi tierra cede
resquebrajándose
el archipiélago de los Chonos
es esta alma llena de islas
llenas de frío sujetándose
un iceberg desesperado observa su desgracia
de permanecer sin hundirse / como si la desgracia tuviera
nombre de río
y pase y pase sin doler

hay un caos en el silencio desolado de la Patagonia
la urgencia de un trueno
y mi relámpaga mirada
las cenizas del Hudson sin Rock
el dolor de una Argentina sin nombre / sin [nacionalidad]
la sorpresa de la tierra en movimiento
despertándose (te-me)

Patagonia mía / como si quisieras irte
después de tanta nevazón
mis pies inquietos tanteando islas
la fractura continental / mi cuerpo en pedazos
desparramado en el agua / se hace llamar islas
se hace llamar archipiélago / se dobla y se desdobla
y siempre su cicatriz
marcando el doblez de su encierro.

1980 i sin dictadura

[les que a mí me decían que no preguntara y luego que no sabía] sentí tu calor madre madrugadora / los abrazos guardaban a eros bajos sus alas / cuéntame historias de metralletas e ideologías / vengo de la generación condescendiente y ciega madre. yo no lancé panfletos en poblaciones / no me persiguió el Estado de Chile / la envidia de los movimientos sociales carcomen la quietud anestésica de mis revoluciones no hechas. la aldea global está automedicada. ¿y quiénes son los terroristas en este país? / se carece de ideología madre / y más allá de eso dije la obra gruesa de mis huesos y médula / ¿crees que pueda ser niña si mis sexos brotan? / yo ameba armo revoluciones externas y algo dentro ya no pide ayuda cuando me divido / hasta tener tantas versiones de mí. y en el cansancio / dime / ¿se agradecen los abrazos madre?

iv

todo ese efecto doppler del pasado / la sordera en la caída
de mis pulcros y mis pulcras / el ruido de mi vida / los
metales de mis oídos. no me pidan ahora que sueñe con
el hombre que sea como mi padre / con la niña que no
sería como su madre / con los hermanos que son herma-
nos de otros / a los que cosemos secretos bajo sus ropas /
para que no olviden las luchas verídicas y las bofetadas.
no me pidan ahora que interprete la mejor versión de
mi patria / tengo un amor henchido de cordilleras desan-
grándose de blanco / playas manoseando mis continen-
tes / y si te cuento esta historia mil veces / rellenaré con
nuevos detalles mi lucha mientras zurzo una bandera
a mi piel.

(De *Patriagonia* / *Catabatica* / *adiabtica*
anabatica)

Índice

La poesía de la estrella solitaria. Breve nota del editor	7
Última selección	11
Prólogo	15
Poetas de la muestra	21
Gladys GONZÁLEZ (Santiago, 1981)	23
Sobre la poesía de Gladys González	24
Poemas	25
Paraíso	27
Hilo rojo	28
Escarcha	29
Adiestramiento	30
una luz en el puerto	32
Víctor LÓPEZ ZUMELZU (Curacaví, 1982)	33
Sobre la poesía de Víctor López Zumelzu	34
Poemas	35

Cartas	37
1.-	39
3.-	48
Sobre la forma de los edificios	52
Sobre la forma del té que se hiela	54
 Raúl HERNÁNDEZ (Santiago, 1980)	 57
Sobre la poesía de Raúl Hernández	58
Poemas	59
En el paradero 12...	61
80's	62
Escribí en el momento justo...	63
Es de tarde...	64
Polaroid	65
 Julieta MARCHANT (Santiago, 1985)	 67
Sobre la poesía de Julieta Marchant	68
Poemas	69
Quise construir una casa...	71
2	73
4	75
Una imagen...	78
La abuela olvida su nombre...	82
 Juan SANTANDER (Copiapó, 1984)	 85
Sobre la poesía de Juan Santander	86
Poemas	87
La destrucción del mundo interior	89
Comida cruda	90

Existen diferentes tipos...	92
Así las tórtolas suceden...	93
Hay una alergia...	94
 Enrique WINTER (Santiago, 1982)	95
Sobre la poesía de Enrique Winter	96
Poemas	97
Arreboles en Quezaltepeque	99
Este cassette...	100
Polaca	101
Agüero 0095	102
Arquitectura 0096	103
 Yeny DÍAZ WENTÉN (Los Ángeles, 1983)	105
Sobre la poesía de Yeny Díaz Wentén	106
Poemas	107
Clorinda Caridad...	109
Clarisa Delfa...	110
Juana Niña	111
Violeta del Carmen...	112
Minervo Natalio...	113
 Natalia FIGUEROA (La Serena, 1983)	115
Sobre la poesía de Natalia Figueroa	116
Poemas	117
Symi	119
Camarines	121
Venecia	123
Legado	124

Nano	126
Rodrigo ARROYO (Curicó, 1981)	127
Sobre la poesía de Rodrigo Arroyo	128
Poemas	129
La familia sentada... ..	131
Nos educaron... ..	132
Los últimos años... ..	133
Llorarás... ..	137
Hay tanto y tan... ..	139
Antonio RIOSECO (Los Ángeles, 1980)	141
Sobre la poesía de Antonio Rioseco	142
Poemas	143
La ciudad deshabitada	145
Mi madre	146
Artes y oficios	147
XIV	148
V	149
Catalina ESPINOZA (Santiago, 1987)	151
Sobre la poesía de Catalina Espinoza	152
Poemas	153
Lunes	155
Martes	157
Sábado	159
Domingo	161
XIII	162

Ivonne COÑUECAR (Coyhaique, 1980)	163
Sobre la poesía de Ivonne Coñuecar	164
Poemas	165
VII	167
X	168
CEDEN LOS LUGARES... ..	170
1980 i sin dictadura	171
IV	172

Este libro de terminó de elaborar
el día 15 de enero de 2018,
fecha en que se conmemora el
127 aniversario del nacimiento
del poeta acmeísta Ósip Mandelstam;
y en el año en que celebramos
el 100 aniversario de la publicación de
El Caballero Carmelo (1918 - 2018)
de Abraham Valdelomar y el nacimiento
del cineasta Ingmar Bergman (1918 - 2018).

Otros títulos

*Identikit. Muestra de poesía
española reciente*
AA.VV.

*Todo pende de una transpa-
rencia. Muestra de poesía
mexicana reciente*
AA.VV.

*Inventar la felicidad. Muestra
de poesía brasileña reciente*
AA.VV.

*Polifonía. Muestra poética
del III encuentro internacio-
nal de poesía contemporánea*
AA.VV.

*Jamás olvidados. Muestra
de poesía búlgara reciente*
AA.VV.

Próximos títulos

Xavier Abril. Homenaje 110 años
AA. VV.

Blanca Varela. Homenaje 90 años
AA. VV.

con mi caracol y mi revólver

Son tiempos también en que la propia formación literaria es direccionada por la manifestación en boga aunque no masificada de las escuelas de escritura creativa, en donde la práctica poética adquiere un grado de sistematización desconocida para la tradición chilena, tradición que empieza a ser ubicada y apreciada en un nuevo contexto.

Son momentos en que la estética establece su corralito. Sin embargo, no son ellos poetas de escuela sino en su mayoría todavía insumisos y muy a contrapelo de estas mareas de época, y con un perfil muy propio en lo que asimilan y escriben.

Es como si todavía quedara algún rastro del poeta como conciencia nacional o vocacional de la nación, o lo que Diego Alfaro apunta como el motivo de reconstrucción del país.

Elvira Hernández

